

# NIPPUR

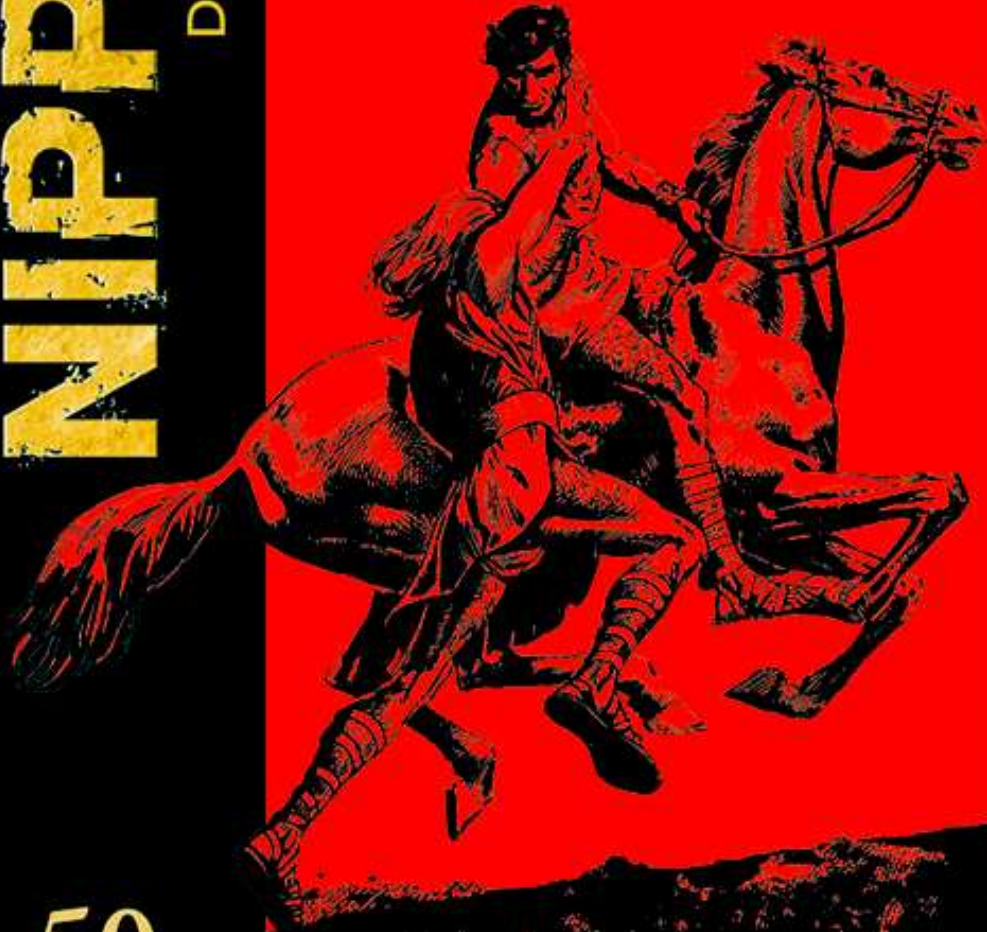
DE LAGASH

LA SIRENA

ROBIN WOOD

RICARDO VILLAGRÁN

SERGIO MULKO



50  
ANIVERSARIO

**Vol 16**

**LA SIRENA**

**PYLENOR**

**TESEO**

**MENESTEO O EL AMOR POR**

**ATENAS**

**UNA HISTORIA DE AMOR**

**EL DÍA DE LOS ESCORPIONES**

**NIPPUR  
DE LAGASH**

# La Sirena

Por **ROBIN WOOD**



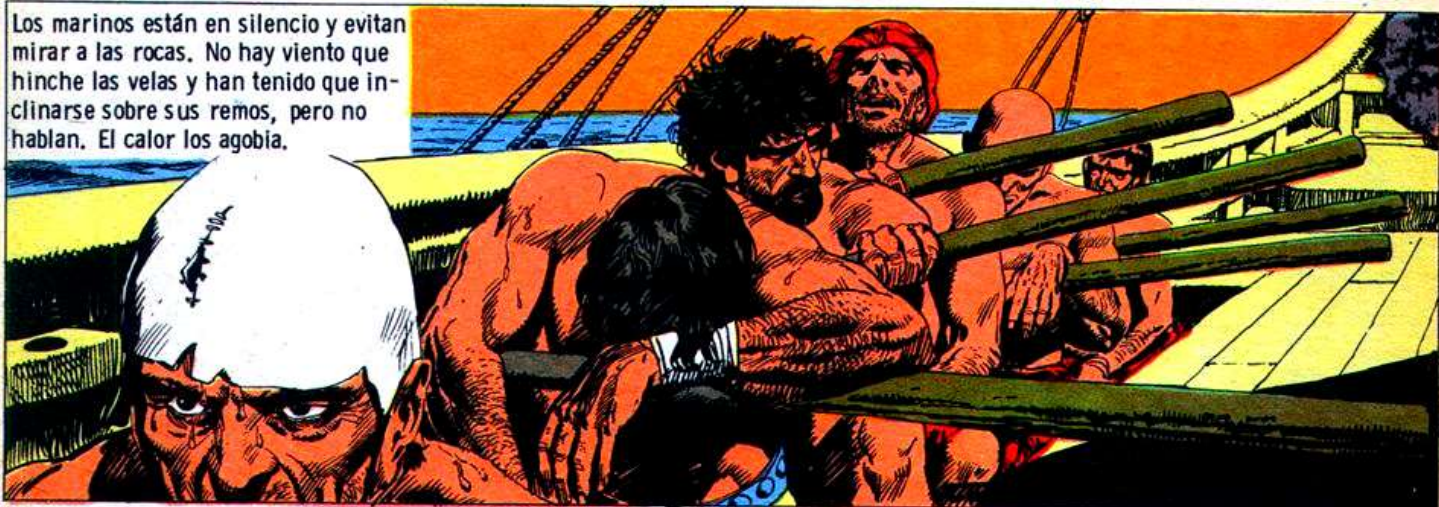
Dibujos de **RICARDO VILLAGRÁN**

10345

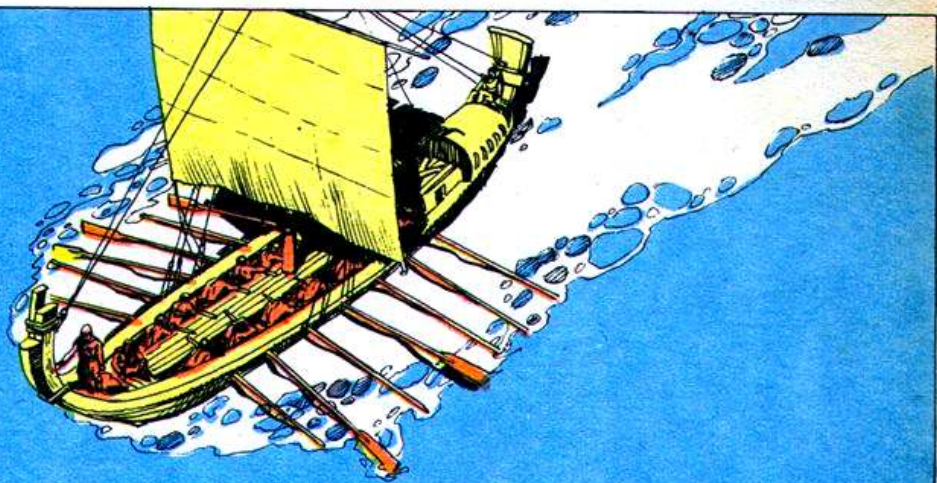
El mar centellea como un espejo, inmóvil, petrificado en su sol y en su silencio, helado como una inmensidad de cristal, ahogado en el tórrido calor de la tarde. Sobre las rocas negras, las gaviotas agonizan en un graznido.



Los marinos están en silencio y evitan mirar a las rocas. No hay viento que hinche las velas y han tenido que inclinarse sobre sus remos, pero no hablan. El calor los agobia.



En el silencio mortal, en el calor insoportable, en la atmósfera enrarecida de sol y de gaviotas lejanas, el chapoteo de los remos en esa agua muerta y fragante resuena extrañamente débil.



Pero... ¿oyes?

En el aire inmóvil, la voz corre como una flecha, una voz fina y melancólica que canta, canta en lengua extranjera, en un lenguaje desconocido que llega nítido a todos ellos.





Es la sirena..

Calla.



Los corazones se desmoronan ante el impacto de esa voz infinita. Los ojos se velan con extrañas nieblas mientras la voz les canta sus nostalgias, sus amores.



En cada oído la voz magnífica parece mudar sus palabras y ya llora aquí el adiós a la muchacha morena de Creta o allá el horror de la tormenta de Helles. Recuerda a este marino que la primavera traerá un niño a su mujer y apuñalea a aquel otro con la imagen de su hogar frío, donde nadie lo espera.



Acerquémonos un poco.

Sí. Quiero verla.



La voz llora el destino de los solitarios, ríe en un centelleo de sol, canta a las grandes inmensidades de mar donde se pierden los sentimientos imperfectos de los hombres.



Allá. Allá, sobre la roca...

Es ella. Es la sirena.



Sí, es ella. Está envuelta en sus cabellos rubios que la cubren hasta los pies como un manto de miel. Sobre sus rodillas, canta cara al sol, con los ojos cerrados y meneando la cabeza suavemente.



Acerquémonos.



No sienten el viento que sopla repentinamente ni sienten el súbito movimiento de las aguas. No ven las murallas de nubes negras que envuelven al sol. El fantasma de oro les ha cegado los ojos.



¡Más cerca!

No sienten el viento huracanado que embiste como un toro ni sienten el mar que se enloquece.



¡Las rocas!



Es muy tarde. Un fragor inmenso de maderas destrozadas, un rugido espantoso de mar enfurecido...

¡Ahhh!



¡Piedad!



No hay piedad. El mar es un asesino implacable y su zarpa salada estrangu- la a los hombres, los estrella contra las rocas, los desmenuza y aplasta.



Alguno llega hasta la orilla.

Me... me he salvado.



Pero allí están las siluetas sombrías que esperan, las caras heladas y los tridentes listos. Los hombres de ojos azules (azules como el mar) y terminan la tarea empezada por la voz hermosa.



¡Ahhh!



Luego, el silencio reina otra vez. Lentamente el sol vuelve a emerger de entre las nubes y una ola de calor se derrama sobre el roquedal. El mar se inmoviliza.



La voz de la sirena se extingue suavemente, como muriéndose en el sol.



Fue Hattussil, el guerrero jorobado, el primero que alzó la cabeza alerta.

Hay algo raro.

Nos pusimos de pie. Conozco bien a Hattussil y sé que puedo fiarme de su instinto.

No hay viento. Ha cesado completamente.

Y el calor. El calor es espantoso.

Hay una isla allí.



La isla era sólo un apeñuscamiento de rocas negras, siniestras, emergiendo del mar inmóvil como un cuchillo.

Señor, apartémonos de esa isla.

¿Por qué?



Es la isla de la sirena.

¿La sirena?



Sí; ella canta sobre las rocas y su voz embruja a los hombres, que se estrellan contra las rocas. Ella devora las vidas.



No me gustó aquello. Los tontos ríen de las leyendas, pero yo sé que toda leyenda tiene un punto de partida. Y algunos son mortales.



Pero... ¿oyen algo?

Una voz.



Sí. Ahora la oímos perfectamente, clara y límpida en el calor horroroso de la tarde. Un escalofrío nos corrió por las venas.

¿Qué hacemos?





Pero... el mar comienza a encrespase, Nippur. ¡Parece una tempestad!

¡Rápido! ¡Busquemos un lugar en la costa y anclamos!



Los marinos se habían agrupado junto a la borda y oían la voz maravillosa como hipnotizados. Los hicimos moverse a puntapiés.

¡Déjame oír!

¡Oírás tus propios gritos si no te mueves!



La tormenta se enloquecía, se hinchaba sobre nosotros. Tal vez si hubiéramos intentado huir habríamos caído sobre los escollos.

¡Allí hay una caleta protegida!



Detrás nuestro el mundo entero parecía haber enloquecido. Una gran oscuridad, desgarrada por los relámpagos se había abatido sobre la isla.

Aquí estamos a salvo.



Nippur, mira allí.



No hizo falta que me dijera más. La playa estaba cubierta de centenares de restos de barcos destrozados. También se veían las arenas alfombradas de esqueletos blancos de sal y de tiempo.



Nippur, tal vez la leyenda sea verdad, después de todo.

Tal vez, Hattussil. Tal vez.



¿Oyes? ¿Oyes? La mujer sigue cantando...

St.



¿Qué haces? ¿Adónde vas?

Quiero ver a esa mujer. Me gustan los secretos cuando dejan de serlo.



Hattussil reaccionó rápido. Sin más palabras se encasquetó su casco de guerra y su capa. No tomó la lanza pues ella es mala compañera en el sendero de rocas.

Vamos.

Una lluvia fina y helada se desprendía ahora del cielo negro y bajo. Arroyuelos fangosos caían ladera abajo. Comenzamos a marchar hacia lo alto de las rocas.

¿Y nosotros?

Esperad aquí y tened cuidado. Algunos de esos esqueletos no han sido muertos por la mar. La mar no utiliza flechas.



Aquí y allá veíamos amontonamientos de huesos o cráneos clavados en las puntas de las lanzas, brillando fosforescentes en el roquedal negro.

Nippur, ¿qué es esta isla?



Es simplemente el jardín de la muerte, Hattussil.

Ella está allí, Nippur.

Ella estaba allí, delgada, pálida, vuelta hacia la tormenta como una flor atraída hacia un sol negro y rugiente. Nunca había visto unos cabellos como los suyos, pesados, dorados, envolviéndola como una aureola.





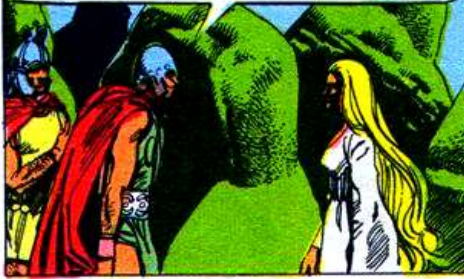
Se puso de pie y de un golpe de viento hizo estallar su infinita cabellera que se abrió como un sol contra el cielo negro.

¿Cómo habéis llegado aquí?



Hattussil se adelantó hacia ella. Hattussil, el jorobado, el guerrero que nunca temió ni a hombre ni a demonio, él se adelantó indolentemente con sus ojos amarillos, fríos bajo el arco de bronce de su casco.

Hemos llegado, simplemente. Somos hombres de espada, mujer. Nunca huimos.



Aquí se cobija la muerte, guerrero.

La muerte... La muerte es flor de muchos jardines, mujer. Mi espada la hace florecer fácilmente.



Siluetas sombrías aparecieron a nuestro alrededor. Nada podíamos ver de sus rostros excepto el brillo de sus ojos azules (azules como el mar). Todos eran altos y daban la impresión de ser fuertes.

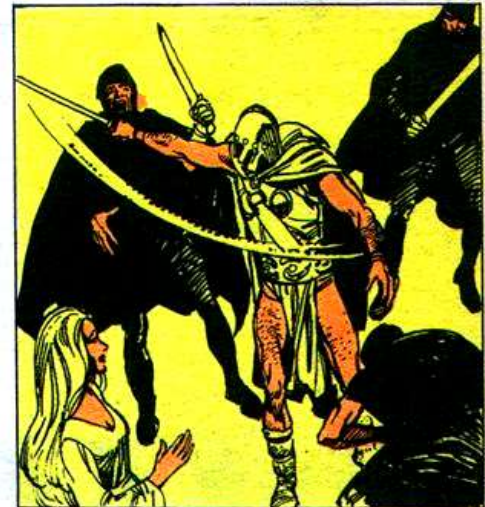


Llévenlos.

¿Tú crees...?



Zooooo!



Te dije que mi espada también hace florecer la muerte.



¡A ellos! ¡A ellos!



Surgieron de todas partes, como arañas, como hormigas, como larvas, inacabables insectos que llovían sobre nosotros.

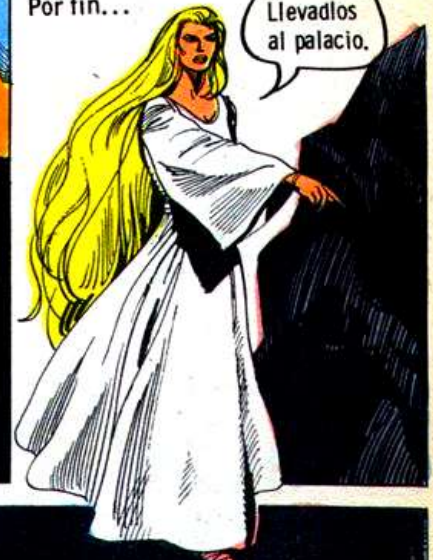


Eran fuertes y desde el misterio de sus capuchas negras surgían manos de acero y un hedor a muerto que se abatía sobre nosotros.



Por fin...

Llevalos al palacio.



¿Palacio? ¿Qué palacio puede haber en esta roca pelada?

No lo sé.



La respuesta nos llegó pronto. Una inmensa caverna se abrió ante nosotros. Siluetas oscuras y embozadas llevando antorchas nos rodearon.

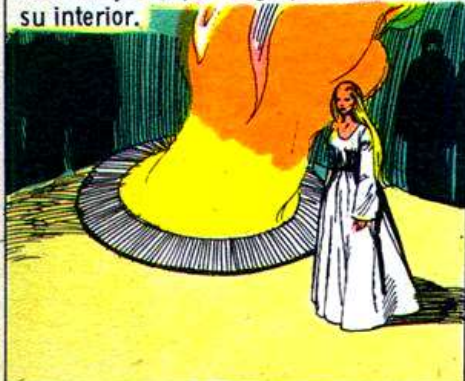
Simple. El palacio está bajo tierra.



No sé cuánto tiempo nos llevó esa caminata por estrechos corredores húmedos que olían a sal y a moho y desde cuyos muros nos observaban los ojos vacíos de cráneos viejos y semideshechos.



Y luego desembocamos en la gran sala, irregular, negra, alumbrada con antorchas, en cuyo centro se veía un gran foso enrojecido por fuego que rugía en su interior.



La sirena estaba de pie frente al foso, hierática, perdida. Otras mujeres rondaban de aquí para allá con los cabellos hasta los talones y los rostros petrificados en una edad sin años.

Nippur, hombre de Lagash. Hattussil, hombre de Hatti.



Conozco vuestros nombres, sí. Conozco vuestro camino. El fuego sagrado me lo ha dicho. También me dice que debo deteneros, que no puedo permitirlos seguir.





El fuego sagrado os reclama.



Hattussil lanzó una carcajada que rebotó en las cuevas como un eco de bronce.

Deja ese aire grave y ausente, mujer. Tu grandilocuencia es demasiado cómica. ¿Crees que tus dioses húmedos y su lenguaje de fuegos sabios nos impresionan? Nos conoces mal.



No provoques mi ira, jorobado.

Llámame jorobado si quieres, mujer. Tengo otras virtudes y otros nombres. ¿Qué nos harás?



Yo soy la sirena, hombre de Hatti, mensajera de Poseidón. Yo soy la visión negra que acaba con todo. Ya te he dicho que el fuego sagrado os reclama.



Ahá.



En ese caso...



**TRACK!**



Pero...



¡No!

Uno solo de tus sirvientes que se mueva, mi lúgubre señora, y serás tú quien irá a cocerse en ese fuego. No olvides que no hay nada que pueda perder.

Los embozados avanzaron como una ola de oscuridad y luego vacilaron. De la masa sombría surgió un gruñido de perros salvajes retenidos por su amo. Garras feroces se crisparon en nuestra dirección.



Nippur, trata de conseguir un arma...

Sólo hay antorchas.



Me aparté para tomar una y entonces...

¡Al él!



Volvieron a detenerse cuando me aproximé a ella. Zumbaban a nuestro alrededor como un enjambre enloquecido.

Nippur, habrá que correr. Una vez que nos separemos del fuego y que ella no corra un riesgo inmediato se abalanzarán sobre nosotros.



Fue muy tarde para que yo pudiera decir nada. ¿Y qué podría haber dicho después de todo? Hattussil era un hombre realista y despiadado.



¡Corramos! ¡Tal vez esto los detenga un momento!



Pero... Espera.



Nadie nos persigue.

No. Todos van alrededor del foso.



Sí. La masa sombría envolvía el foso como un cerco siniestro. Ni una voz, ni un ruido, sólo el crepitar del fuego.



Luego una figura se desprendió de ellos como una gota negra que se despega del mar de la noche.



Un movimiento seco y el manto negro cayó.



Un bramido gutural se levantó de la masa. Brazos descarnados y manos engarfiadas se alzaron. El fuego ardía con la violencia de una tormenta.



¡Vámonos, Nippur!  
¡Vámonos!



Corrimos por los corredores de pesadilla. Corrimos entre aquella selva de cráneos imperturbables...



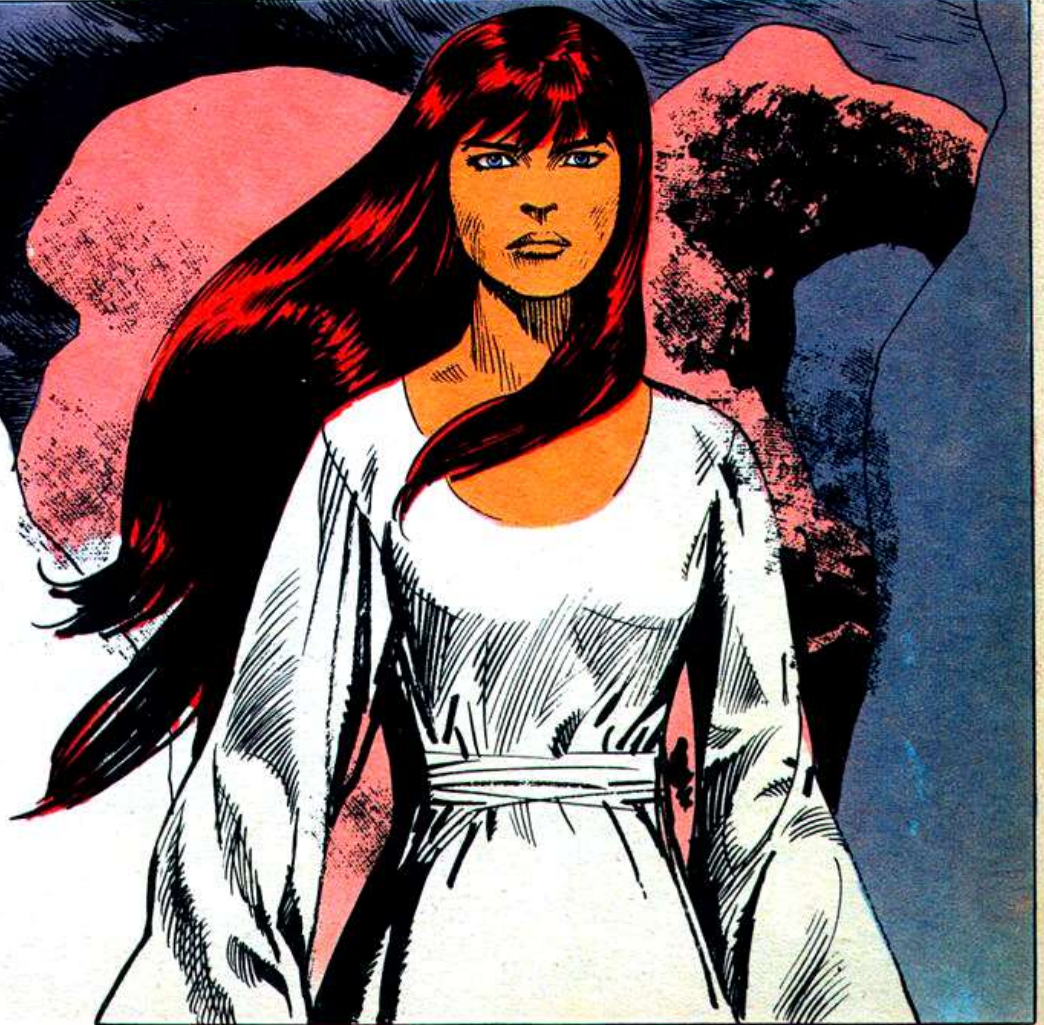
...y salimos a la noche erizada de relámpagos y furias desatadas.

¡Al barco!





La sirena calló.



En la popa nos erguimos los dos, bajo la lluvia, contra el vendabal y contra todos los manes del infierno. Los viejos cantos de Sumeria dicen que los hombres de yelmos brillantes son los favoritos de los dioses. Yo creo en ellos. Aquel día nosotros sentimos las sombras protectoras de lo inescrutable sobre nosotros.



**Fin**

**NIPPUR DE LAGASH**



**PYLENOR**

Por **ROBIN WOOD**

Dibujos de **MULKO**

10346

Todo parecía desierto, tranquilo. Una playa como tantas, con sus arenas grisáceas, sus roquedales y su vida sin historia. Apenas si un graznido de gaviotas quebraba el profundo silencio...



Nos detendremos aquí. Cazaremos un poco y repararemos el mástil del barco. La última tormenta lo dañó bastante...

De acuerdo.



No hay señales de vida.

No. Tal vez está desierto.



No. No está desierto. Alguien acecha entre las piedras.

¿Quién irá a cazar esta vez?

Pylenor, Piritoos, Ur-El, Karien y yo.

Siempre esta mula pelirroja... Me arruina el placer.

Karien sonríe mientras hace sonar la cuerda de su arco como si extrajera música de él. Ninguno de nosotros es capaz de igualar su puntería y ella lo sabe y se burla de nosotros con cada flecha.

Pobre lapita. Es mejor que yo vaya contigo. Si no, ¿qué comerías?



Pylenor está satisfecho. Es el más joven y el más inexperto de todos nosotros y además creo que ha sido agregado a nuestra expedición por los enemigos de Teseo como espía. Pylenor está hecho de la piedra pura con que se hacen los fanáticos...



Vamos. Hattussil se ocupará del campamento.



Hattussil asiente sin despegar los labios como de costumbre. Los marinos tienen un respeto rayando con el pánico hacia el terrible guerrero jorobado y nunca se atreverían a discutir una orden suya.



Alguien acecha...

¿Ves algo, Nippur?

Sí.



Sí. El ciervo pastaba mansamente y por un instante vi el reflejo dulce de sus grandes ojos sombríos y lamenté su destino...

Pero Karien, la amazona sabe cerrar los ojos a la belleza y sabe hacer cantar sus flechas...

Excelente flecha...pero pobre bestia.

No comiences con tus lloriqueos poéticos, Nippur, guerrero de pacotilla.

¿Y Pylenor? ¿Dónde está Pylenor?

¿Dónde está Pylenor?

Vamos a buscarlo. Tal vez se extravió...





(Me pareció...)



Pero...



¡Aghh!



¡Es nuestro!



(¿Qué ha sido ese ruido? Parecía como...)



¡Ahhhhh!

Pero...

¡Nippur!



Nippur... algo extraño ocurre. No oigo más a Ur-El... o a Piritoos...

Es verdad... Acaso...



Deja caer tus armas.



Está bien. No hagan daño a la mujer.



El hombre inmundo se me acercó sonriendo y apesetando más a medida que la distancia se acortaba...

¿Aún das órdenes, gran señor?



Fue tal la violencia del golpe que creí que me había destrozado el cráneo...

¡Pero en este país nosotros somos los amos!



¿Quiénes sois vosotros?



Me sonrió y esa sonrisa hacía más daño que el golpe... Con gruñidos de placer los otros hombres hediondos se acercaban...

Nosotros somos los rechazados de los dioses...



¿Quiénes son ellos, Nippur?



Son bandidos, proscritos, esclavos, fugitivos, la resaca de todas la ciudades. Se instalaron antes cerca de las tierras de Teseo pero éste los obligó a huir. Y luego los centauros y luego las tribus de los grandes bosques. Y otros. Y otros.



Han venido huyendo hasta esta tierra donde por fin han podido instalarse por la simple razón de que nadie vive aquí.



¿Qué harán con nosotros?

No lo sé. Es muy difícil predecirlo. Son los malditos que de repente han capturado a los amos. Y querrán hacerlos sufrir...



¿Estáis tratando de imaginar lo que ocurrirá con vosotros, extranjeros?



Cuatro señores. ¿eh? Cuatro nobles guerreros de yelmo y espada. Cuatro hijos del privilegio...pero aquí sois esclavos, mis señores. Aquí nosotros somos los amos...



En cuanto a ti, muchacha... Yo soy rey de esta gente pero no tengo reina. Tú...



¡Ahhhh!



Perra... Oh dioses... Perra...



Creo que este joven caballero comenzará a apreciar las ventajas de continuar soltero ¿eh?



Ahí. O por lo menos se volverá más prudente en sus flirteos.



¿Crees que Hattussil seguirá nuestras huellas?



Lo dudo. Ellos las han borrado perfectamente. No han dejado ninguna.



¡Arriba, esclavos! ¡Es la hora del trabajo!

Muérete, piojoso.



Es mejor que os mováis. Por cada instante que sigáis sentados cortaremos un dedo de la joven pelirroja.



Fue Pylenor quien reaccionó primero...

¿Qué hay que hacer?

Ah. Tú tienes el aire menos terco que los otros. ¿Quién soy yo?



Nuestro... nuestro amo... Nuestro señor...

El rostro inundo se retorció de satisfacción. Quién sabe cuántos latigazos e insultos se aliviaron en él...

Tú te quedarás junto a mí. Necesito alguien que me divierta.



Vosotros reuniréis leña, prepararéis la comida, os ocuparéis de todos los menesteres. Nuestras mujeres se ocuparán de vigilaros.



Las mujeres. Un rebaño de esqueléticas brujas nos rodeó durante todo el día, golpeándonos e insultándonos mientras nosotros nos movíamos torpemente con nuestros yugos al cuello...



¿Y Pylenor?

Mira.

Vé, cachorro. Tráelo de vuelta. ¡Corre!



Muy bien. Muy bien hecho...



Por los dioses. ¿Qué ocurre con Pylenor?

Tiene miedo... No quiere morir...



¡Muévete, esclavo! ¡Aún tienes mucho que hacer!

¿No hay manera de huir?



¿Con estos yugos puestos? Imposible. Y a cada instante ellos revisan los cueros para ver si siguen en orden.

Y vino otro día y otra noche y otra y otra y otra. La suciedad cubría nuestros cuerpos y los golpes nunca cesaban...

¡Apúrate, esclavo!



Y Pylonor cantaba o bailaba grotescamente sujeto a su yugo o ladraba o maullaba entre las carcajadas de los proscriptos...

¡Súbete ahora a un árbol y muestra cómo hacen los pájaros, imbécil!

No puedo, mi gran señor, no con el yugo...

Allí está. Sube ahora...

¿Crees que Pylonor se ha vuelto loco?

No lo sé, Ur-El. No hay humillación por la cual él no acepte pasar.

¡Arre, caballo! ¡Un rey también necesita su caballadura! ¡Arre!

¡Moveos, esclavos!



La noche descendía olorosa a fogatas, a cuerpos sucios, a risas innobles y a nuestro alrededor los proscriptos se preparaban a dormir formando un anillo a nuestro alrededor...



Para escapar tendríamos que pasar por encima de sus cuerpos.

Nos cuidan bien. Se están vengando en nosotros de todo lo que han sufrido...



Estamos prisioneros. Prisioneros en este círculo y ellos no nos dejarán salir de él a menos que estemos muertos...

¿Y él?

¿El? No sé.



Los fuegos se apagan lentamente. Hay ronquidos sonoros en la noche. Y chasquear de labios como se oye cuando duermen los animales...



Karien, la amazona ya no tiene más fuerzas y cuelga del poste como un guñapo. El sol ha quemado su piel y su boca está reseca como cuero.



Los prisioneros duermen. Agotados... deshechos...



A veces un proscrito se despierta, camina hacia ellos y los golpea o les arroja una piedra. El odio es tan intenso que los desvela.



Pero algo se mueve en la noche.



Pero...



Algo se mueve en la noche.

El sol comienza lentamente a dorar las copas de los árboles... Un perro bosteza y los pequeños rumores se despiertan...



Ah. Una buena jornada se prepara. Hoy nos divertiremos aún más con los prisioneros. Hoy cortaremos la lengua de uno. Lo sortearemos...



Pero... La joven pelirroja, ¿dónde está?



¡Ha desaparecido!

¿Y el tonto? ¿Dónde está el bufón?

Tal vez duerma...

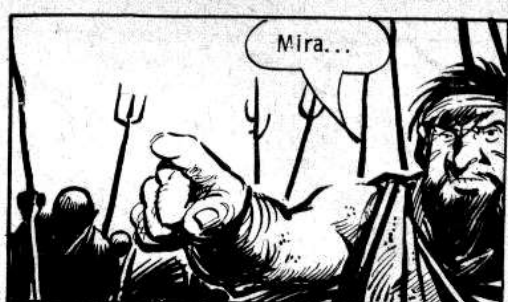




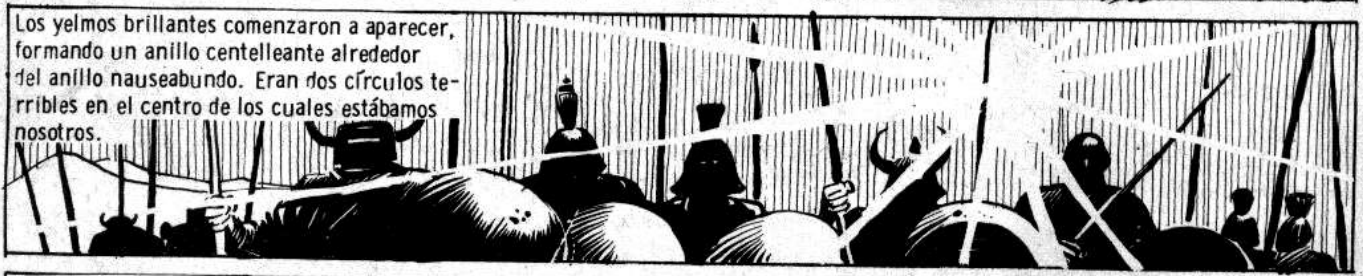
¡No está! ¡Y uno de los nuestros fue estrangulado!



Eso quiere decir...



Mira...



Los yelmos brillantes comenzaron a aparecer, formando un anillo centelleante alrededor del anillo nauseabundo. Eran dos círculos terribles en el centro de los cuales estábamos nosotros.



Y en un extremo divisamos las siluetas conocidas...



¡Son los nuestros! ¡Pylenor debió huir y los ha guiado hasta aquí!

¡Sí. Y debió llevarse a Karien con él.



Tomemos a los prisioneros. Si nos cubrimos con ellos no nos atacarán...

¡Sí...



Pero alguien vigilaba, aún temblorosa de fiebre y de odio, con sus flechas más certeras que nunca...



¡Ahhh!



¡Adelante! ¡A muerte!



Como en un relámpago vi los ojos de Pylenor. Ojos rabiosos y sin embargo llenos de lágrimas...



¡Piedad!



¡No! ¿Has olvidado? ¡Yo no...!



Yo no he olvidado. ¿Os refáis? ¿Os burlabais?



¡Ríe con mi espada ahora!



¡Ríe!



¡Ríe!



Ríe...



Bravo, Pylenor.

¿Bravo? Cállate... Me he deshonrado... Me convertí en un bufón...



Si hubiera estado solo me hubiera dejado matar como un guerrero... pero en vez de ello...

En vez de ello preferiste vencer con inteligencia. Morir con las piernas esparrocadas es muy heroico y muy inútil. Vivir y ganar es lo importante.



El honor es un caballo de muchos pelajes y varía según los hombres. Deja tu honor tranquilo. Los bardos cantarán a tu astucia...

Mi honor...



Ven... ¿Te relaté alguna vez que fui esclavo y que fui encadenado a un remo?

¿Vos...?



Nippur se encargará de él. Ya verás...

¿Y será eso para bien o para mal?



Pues a mí me gustaría que Nippur se ocupara un poco también de mí...

Tal vez si dedicaras a tu cabello el mismo tiempo que dedicas a tu arco...

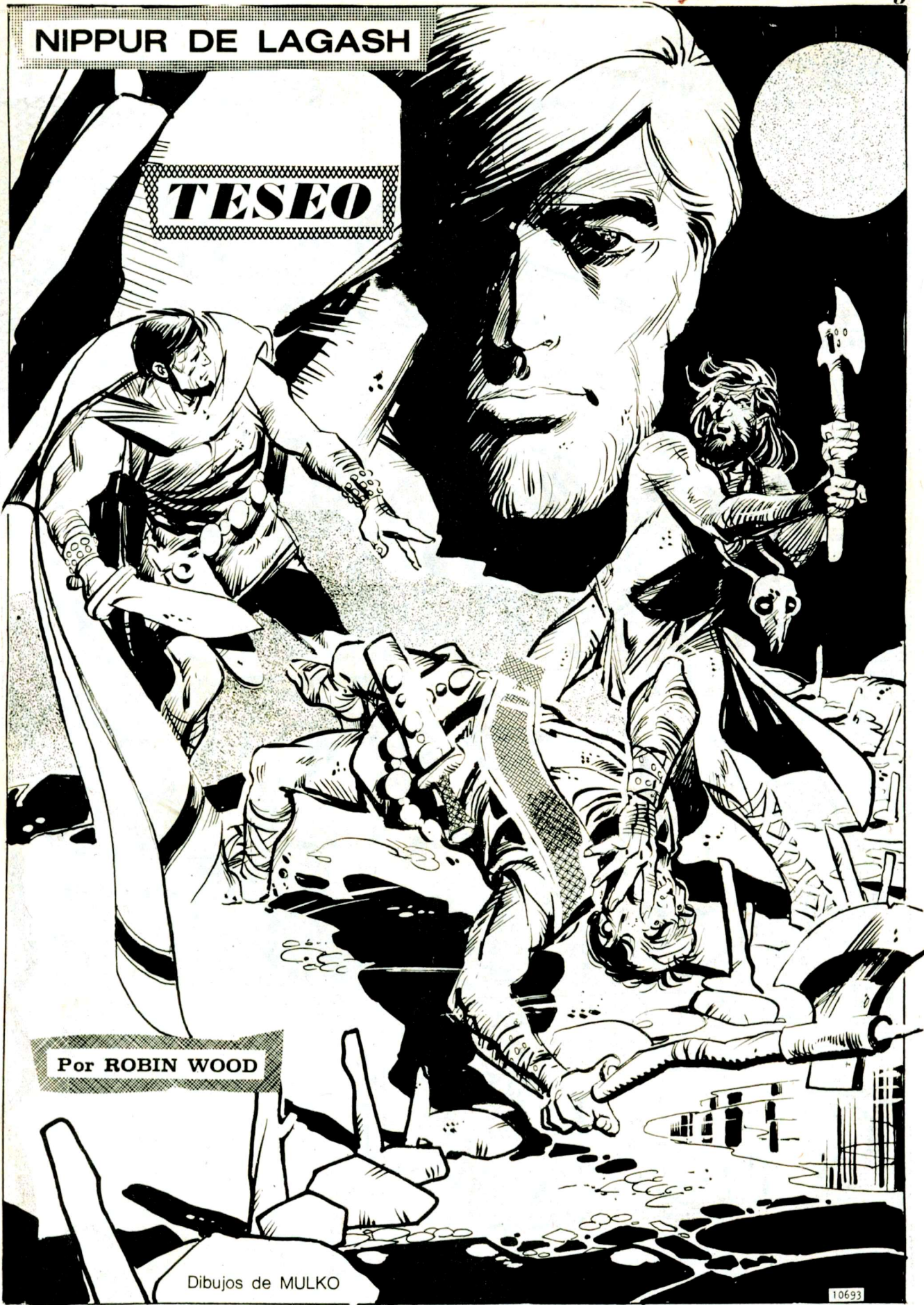


¡Que bueno es reír otra vez! La risa es un fuego potente que purifica todo. Los hombres de voces como ríos, ríen incluso entre un anillo hecho de mala muerte...

FIN

# NIPPUR DE LAGASH

## TESEO



Por ROBIN WOOD

Dibujos de MULKO

El hombre temblaba. Estaba sucio, mordido de heridas y de miedo y sus ojos danzaban en las órbitas mientras nos observaba espantado...



No sé nada, nobles señores. Lo juro...

Piritoos, el alegre que ahora no estaba tan alegre apoyó su espada en el cuello de nuestro prisionero y empujó malignamente.

Habla.

Me aparté de ellos y me acerqué a Pylenor...

¿Duele?

No. Es apenas un rasguño.

No era un rasguño y debía doler atrocemente pero Pylenor era joven y quería mostrar su coraje. Yo, en su lugar hubiera chillado pero yo ni soy joven ni tengo nada que probar...

¿El prisionero ha hablado?

No, pero Piritoos está tratando de convencerlo.

Un alarido me interrumpió.

Esperemos que lo consiga.



Pylenor contempló el escudo y el casco que yacían en el suelo ante sus pies.

¿Son, en efecto, las armas de Teseo?

Sí. Estos bandidos las tenían así que ellos deben saber dónde está Teseo.

Ellos deben saberlo.

¿Dónde está Teseo? Las leyendas corrían desde hace mucho por las tierras conocidas. Hacía ya mucho que nuestro amigo, rey de Atenas, desapareciera misteriosamente y hacía ya mucho que lo buscábamos nosotros, sus amigos...

... y Pylenor que (lo sabíamos, claro) había sido enviado por sus enemigos para asesinarlo en caso de que fuera hallado. Pylenor no era un asesino. No. Mucho peor. Era un patriota.

Y fue una loca casualidad la que nos llevó a toparnos con esta banda de guerreros nómadas que quisieron apoderarse de nuestras armas y sólo pudieron saborear su filo.



El grito se repitió, más terrible aún...



Y uno de ellos, el jefe, llevaba encima las armas de Teseo y por ello Piritoos estaba labrando su carne con su espada...



Habló.

¿Y?

Hay una aldea allí, en lo alto de la montaña negra que se eleva en el gran pantano. Allí, ellos compraron estas armas que pertenecían a un prisionero del pueblo que habita en lo alto. En la tierra del monstruo.

¿Qué monstruo?



Hay una bestia feroz que mora allí y a la que ofrecen sacrificios antes de las cosechas. Vive en una caverna... y en tres días le ofrecerán una víctima...

¿Una víctima?

Sí. El extranjero rubio, que tienen como prisionero. El que posea estas armas...



Todos alzamos los ojos hacia las montañas negras que perforaban el cielo. Montañas que nacían en los pantanos negros y sulfurosos. Un escalofrío nos recorrió...

Debe ser Teseo... Debemos llegar a tiempo...



Poco después estábamos en marcha, envueltos en nuestros mantos de lana, apoyándonos en nuestras lanzas y con los cascos calados hasta las cejas. La ladera era negra y filosa, mala roca, siniestra...



El viento huracanado nos azotaba sin cesar en nuestra marcha y ni teníamos deseo de hablar. El paisaje era desolador, áspero, duro, mineral. Un mundo gris y negro, escarpado, hostil...



Y allá arriba íbamos hacia lo alto, hacia ese cielo gris y tormentoso, hacia (tal vez) el fin de este inacabable viaje en busca de nuestro amigo desaparecido.



Y de pronto...

Mira ese valle... ¡Qué belleza!

En efecto... Alguien vive allí... Veo una cabaña y humo. Dichoso él.



Sí. Era como un regalo de los dioses. Un valle verde de hierba y rojo de flores, con un pequeño riacho y un revoloteo de pájaros... y una sola choza... y un hombre de pie en el sembrado...



Vamos. No hemos venido a admirar la suerte de ese ermitaño. Nuestra misión está arriba.



Nos desprendimos con dificultad de esa hermosa visión y continuamos nuestra penosa marcha hacia lo alto. Ráfagas de lluvia helada nos azotaban haciéndonos tiritar.

Allí hay una aldea.

Con cuidado ahora...



Era horrible. Las casas estaban construidas con la misma roca negra y brillante de la montaña y ese pueblo de piedra silencioso y helado se extendía ante nosotros como una trampa.

¿Quién puede vivir aquí?



¿Qué buscáis, extranjeros?



Sentí a Pylenor vacilar mirando aquellas siluetas pálidas y macilentas que nos observaban. Surgían de sus huesos negros como fantasmas...

Buscamos a un amigo.



El hombre escupió. Su piel era verdosa y comprendí que había mucho de tumba en sus huesos.

No hay amigos aquí. Vete o cruzarás el río sin orillas.



No nos asustas. Somos guerreros. Nunca podrías vencernos.



Nos miró con desprecio. Pálidas mujeres, descarnadas, lo rodeaban. Algunas vacilaban y se aferraban a otra para moverse...

¿Espadas? ¿Qué haría con ellas? A nosotros nos basta con nuestro aliento para exterminarlos.

Nippur... Son... los apestados... los muertos vivientes...

¿Los...?

Y de pronto recordé las leyendas. Los malditos. Los que llevan la muerte en sus huesos. Los que cuidan la entrada del mundo de las tinieblas...

Dioses...

Buscamos a un amigo... Un hombre de cabellos rubios...

Hay uno en el valle. Un labrador...

No. Buscamos a uno que tú capturaste.

Ese ya no es de este mundo. Hoy entró en el mundo subterráneo donde espera el demonio.

¿Dónde está la entrada?

Nos miró y de pronto en sus ojos hubo una nueva luz. Una luz de curiosidad...

Guerrero, ¿tanto significa ese hombre para ti que te arriesgas a entrar en el mundo del horror?

Ese hombre es nuestro amigo. ¿Qué más puedo decirte?

Meditó un momento. Tal vez estaba recordando cosas viejas y hermosas de una época en la cual él no fuera un maldito y durante la cual hubiera reído junto a un fuego rodeado de otras risas. Por fin...

Allá... Junto a aquella roca...

Era noche cerrada cuando llegamos ante la enorme boca de piedra. La lluvia descendía sobre las cumbres negras y los relámpagos desgarraban la oscuridad...

Las antorchas...

Quando las antorchas ardieron nos miramos un instante. De pronto sentíamos nuestra increíble y ridícula pequeñez bajo ese cielo infinito y sobre esas montañas de pavor. Nosotros, los pequeños hombrillos...

Vamos.

Las paredes estaban viscosas como el lomo de una víbora y nuestros pies se hundían en un lodo helado y nauseabundo del cual nos desprendíamos con un repugnante sorbido de ventosas...



Pájaros negros y húmedos se estrellaban a veces contra nosotros y su contacto asqueroso erizaba nuestra piel...



Mira...



Sí. Comenzamos a hallar los huesos aquí y allá, mezclados con un hedor profundo y dulzón que casi nos hizo vomitar.



Y de pronto...

Oigo algo...



Sí. Era un chapoteo. Había algo que se movía en la oscuridad...

¡Allí! ¡Es un hombre!



Nos acercamos. Veíamos su cabello dorado y oíamos su respiración. Nuestros corazones golpeaban como tambores...



¡Teseo!



Y volvió su rostro hacia nosotros...



Por un instante quedamos petrificados contemplando el rostro del idiota, sin saber qué hacer. Fue su risa vacua la que nos despertó.

No es... No es Teseo...

No...



¿Qué haremos?

Llévenos fuera. Y salgamos de aquí rápido.



Y entonces Pylenor chilló. Y en su voz había nada del guerrero probado en tantas batallas. Era simplemente la voz de un joven espantado...

¡Nippur! ¡Mira...!





Dioses... El monstruo...



Estaba en nuestro camino, bloqueándolo. Ominoso, hediendo a putrefacción, a muerto, a horror...



Es un demonio...

Demonio o no, está hecho de carne. Demonio o no, está en nuestro camino. Y yo quiero salir de aquí...

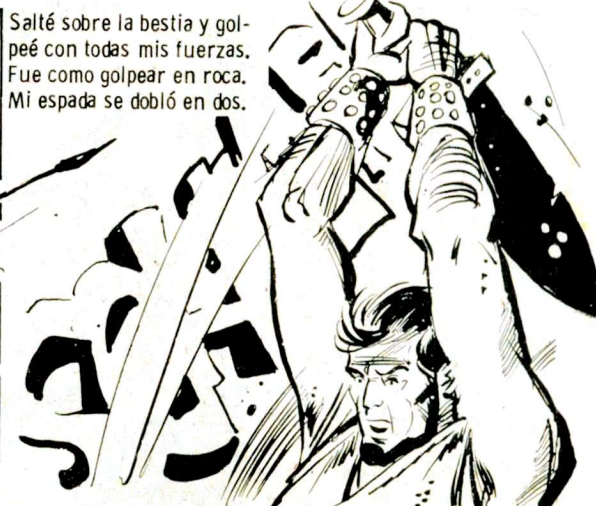


Nos abrimos en semicírculo y avanzamos con las armas listas, chapoteando en el limo humeante...



Y de pronto la enorme cola escamosa se movió.

¡Ahhh!



Salté sobre la bestia y golpeé con todas mis fuerzas. Fue como golpear en roca. Mi espada se dobló en dos.



Karien, la amazona, había olvidado su miedo y consiguió herir uno de los ojos de la bestia con su lanza.



¡El cuello y el pecho! ¡Es el único punto vulnerable!



Pero la cola y las tremendas patas estaban allí todo el tiempo. La bestia se movía velozmente. De la oscuridad de la caverna llegaba el chillido espantado del idiota...



Y de pronto Piritoos, el valiente y el alegre saltó hacia adelante...

¡Así...!



Pero también las tremendas mandíbulas de la bestia tuvieron tiempo de abatirse...

¡Ahhh!



¡Piritoos!



Extrajimos su cuerpo de debajo de la mole inerte. Lo hicimos con ternura, con una inmensa ternura, como si aún esto hiciera alguna diferencia...



La sangre de la bestia manaba como un torrente, tiñendo el lodo negro, humeando como un baño de vapor. En silencio contemplamos a nuestro amigo querido, a nuestro muerto querido...



Y de pronto lo tomé en mis brazos y comencé a marchar hacia la salida, chapoteando en ese lodazal rojo y negro, sollozando, maldiciendo... Todos marchamos y por sobre el rumor de nuestra marcha se oía la risa burlona y hueca del idiota...



El valle seguía verde de hierba y rojo de flores, con su riacho y su paz. Descendimos a él...



¿Adónde vamos, Nippur?

Pero yo no hablaba. No podía. Tenía un cepo de amargura en la garganta y un peso de muerte en el pecho. Me detuve ante la pequeña choza...

No hay nadie.



Allí está el labrador...



No nos había oído. De espaldas a nosotros removía la tierra de su huerta. Con atención y cariño. Oí que canturreaba algo...



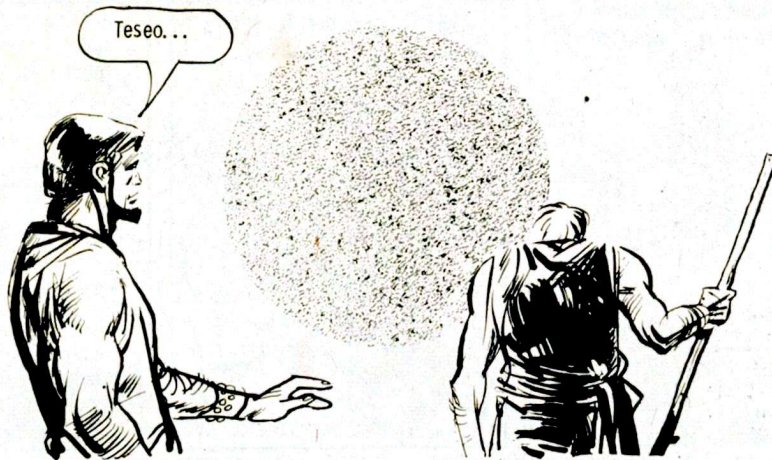
¡Teseo!



Su cuerpo se volvió rígido y sus manos se inmovilizaron.



Teseo...



Nippur... ¿Qué haces aquí?



Hemos venido a buscarte. Te hemos buscado por todas partes.

¿Para qué? ¿Qué queréis de mí?

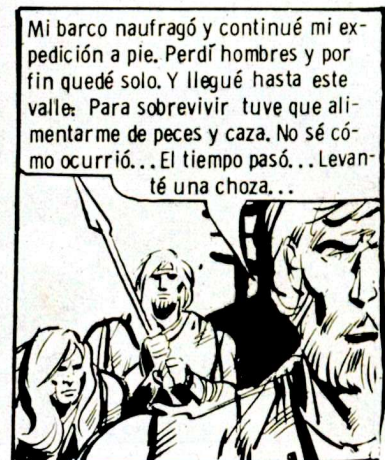


Creíamos que algo te había ocurrido.

¿Ocurrido? Sí. Algo ocurrió....



Mi barco naufragó y continué mi expedición a pie. Perdí hombres y por fin quedé solo. Y llegué hasta este valle. Para sobrevivir tuve que alimentarme de peces y caza. No sé cómo ocurrió... El tiempo pasó... Levanté una choza...



Y un día planté un grano y lo ví germinar. Yo, que sólo he hecho germinar tragedias y guerra de pronto me sentí en paz. Regalé mis armas a un idiota y decidí olvidar todo.

¿Y Atenas? ¿Y tu corona?

Mi corona es un trasto pesado y Atenas es una mujer egoísta. He hecho mucho por Atenas. He matado, quemado, saqueado y he sembrado de horrores las ciudades. ¿Volver? ¿Para qué? No tengo a nadie. Mi hijo Hipólito ha muerto. Mi mujer también. Todos.

Aquí... aquí yo he hallado la paz... No más intrigas, no más crímenes... Solamente paz...

Un rey no puede permitirse ese lujo, Teseo. Si se lo permite tal vez los dioses exijan un pago por ello. Y muy caro hemos pagado por tu paz de labrador.

¿Qué quieres decir?

Mira.

Vaciló un instante y se acercó cautelosamente, como si Piritos fuera un niño dormido y él temiera turbar su sueño.

¿Piritos?

Sí. El fue el precio.

Acarició el rostro muerto y vimos sus ojos nublarse mientras contemplaba aquella sangre querida. Cuando habló no pudimos reconocer su voz.

Caro ha sido el precio. Demasiado caro.

Sin una palabra alzó en sus brazos a Piritos y lo transportó a su choza. Luego tomó una antorcha...

Siempre compartimos todo, amigo. Y siempre te ofrecí aquello que me fuera más querido. Hoy...

Hoy te doy mi paz. Consérvala bien en la eternidad. Un día iré a compartirla contigo.

Arrojó la antorcha dentro de la choza y con los brazos cruzados la observó arder. Su rostro estaba duro y rígido y otra vez veíamos en él el trágico sello de su condición y de su destino...

Pero también veíamos las lágrimas corriendo por sus mejillas...



Y de pronto...

Perdón... Perdón, señor...



Señor... Yo no vine en tu búsqueda con el corazón limpio. Yo te busqué con puñal y veneno oculto en mi manto...



Teseo le contempló un instante, sopesando sus palabras. Por fin...

Comprendo. Mis enemigos te enviaron para asegurarse de que yo nunca volvería, ¿verdad?

Sí.



Sí, pero te busqué por mares y montañas y cada día oí el relato de tus aventuras, de tu pasión por Atenas, de tus amarguras y de tus alegrías... y ahora he visto tu dolor y tu soledad de rey...



Señor... Déjame servirte...



Ven, Pylenor. Hoy he perdido un hermano. Hoy he perdido mi paraíso. Sígueme. Necesitaré de un corazón fuerte que me respalde.



No volvió a mirar su valle ni la choza en llamas. Simplemente se puso en marcha apoyado en el hombro de Pylenor. Lo seguimos en silencio.



La aventura había terminado pero todos marchábamos en silencio, con un extraño gusto en la boca...



En la montaña negra se oía la risa del idiota...

FIN

NIPPUR DE LAGASH

# MENESTEO O EL AMOR POR ATENAS

Por ROBIN WOOD



Dibujos de MULKO

10694

Su nombre era Menesteo. Era joven pero de una juventud concentrada, dura y amarga como una nuez. En él, la juventud no era una estación de la vida sino un instrumento.

Menesteo amaba Atenas. Amaba los monumentos, las fortalezas, los estandartes de Atenas. Amaba el estruendo de sus legiones en marcha. Amaba Atenas como puede amarse a una mujer hermosa, cuyas joyas, cuya elegancia y riqueza fascinan...

Menesteo no amaba el pueblo. No había comunicación entre él y aquellos que constituían la otra Atenas. La Atenas de carne y hueso. La Atenas de sudor y gruñido, la Atenas de risas, de digestión, de edades, de humanidad. Esa Atenas no era la Atenas de Menesteo.



Y era esa Atenas la que añoraba al rey desaparecido, a Teseo, el guerrero que reía a carcajadas, que caminaba por los mercados y que aceptaba una naranja, un puñado de uvas, un trago de vino...

Menesteo construía. Templos, puentes, estatuas, jardines... Menesteo soñaba con una Atenas que coronaría las naciones. Una corona de gloria y perfección. Una corona que él ceñiría alrededor de sus sienes...

Otro impuesto...  
Sí. El vanidoso quiere levantar otro templo.



(Pero Teseo... ¿Qué habrá sido de él?)

¿Pensas en Teseo, señor?  
Sí, Licarnos. ¿Lo habrán encontrado sus amigos? ¿Vivirá?

Hace ya tres cosechas que partieron en su busca... Nada más se ha sabido de ellos. Tal vez han muerto...  
¿Muerto?





¿Muerto? No. No hombres como ellos... Nippur... Ur-El... Piritos... Hattusil, el jorobado... Y la amazona...



No. Esos no son hombres que irán a morir.

Son hombres. Todo puede ocurrir.

¿Y si no fuera así? ¿Y si volviera?

No te preocupes por ello, señor. Toda la guardia de palacio está de tu parte. Estaban hartos de Teseo.

Teseo no quería más guerras. Hablaba de comercio, de cosechas, de paz... No había más botín ni esclavos... ¿Qué hace un soldado con un rey que quiere paz?

Busca a otro que prefiera la guerra...

Eso es. Y yo me he ocupado de cubrirlos de oro, les he permitido partir en expediciones de saqueo. Braman de placer. No. Podemos confiar en ellos...



Si Teseo volviera ellos se ocuparían de que esta vez su viaje fuera sin regreso. Sólo hay una cosa que me preocupa.

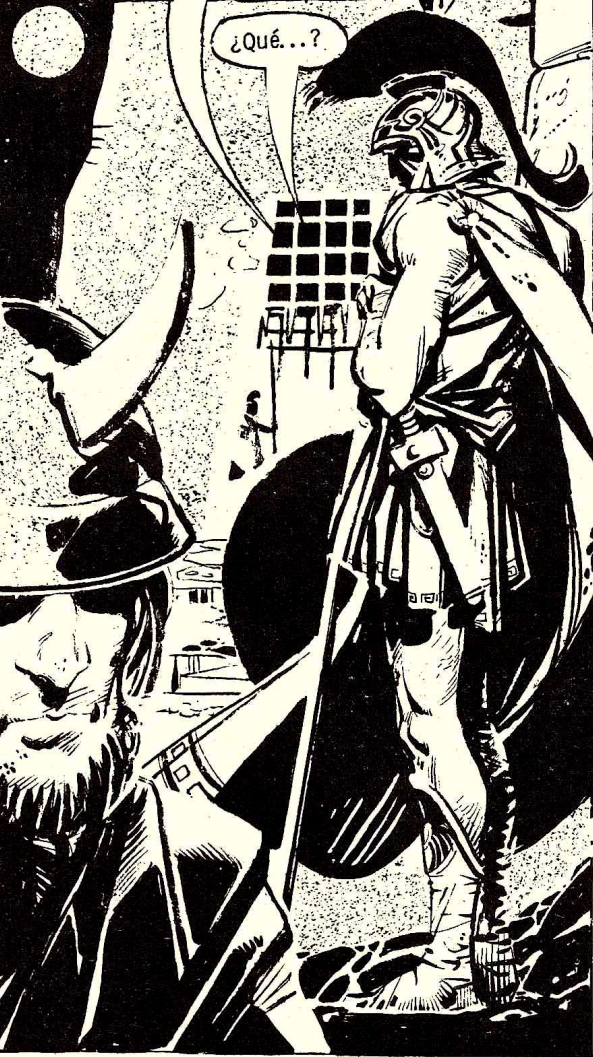
¿Qué...?

El pueblo.

¿El pueblo? ¿Qué tiene el pueblo que ver con esto? El pueblo obedece, eso es todo.

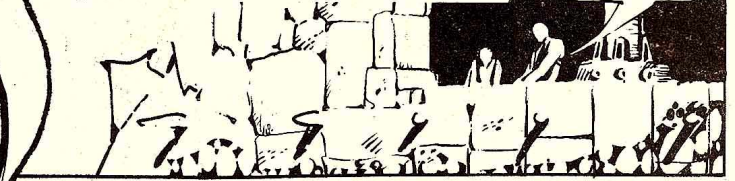
El pueblo ama a Teseo y el pueblo es una gran fuerza.

El pueblo es un rebaño. Y yo tengo buenos perros guardianes para que se ocupen de las ovejas descarriadas.



Callaron un momento y Menesteo se acercó a uno de los grandes ventanales. Abajo, la ciudad dormía.

Mira, Licarnos...



Muchos me llaman dictador. Otros dicen que mi sed es sólo de oro o de poder. Nadie comprende cuál es mi gran pasión...



Atenas... Atenas... Hasta su nombre suena a música.

Conozco cada calle, cada casa, cada piedra de esta ciudad. En mi infancia sólo soñaba con ella y cuando fui adulto la he amado con más pasión que a todas las mujeres del mundo...

Y todo lo que hago lo hago por esta mujer, mi mujer, mi única... Atenas... Atenas...

Licarnos se aburría. El era un hombre práctico y esta parranda incoherente no le interesaba. El sólo necesitaba oro para ser feliz. Mucho oro.  
Comprendo, señor.

Con referencia al nuevo impuesto, señor. He considerado que debemos repartir la mitad de éste entre la guardia de palacio. Los mantendrá tranquilos.  
La guardia, ¿eh?

¿Has pensado alguna vez que hay en este momento cuatro veces más soldados en palacio que cuando Teseo era rey?

Pues...  
No te preocupes en buscar excusas. Lo sé. El pueblo me detesta. Ellos querrían de vuelta a Teseo, ese rey comedor de naranjas...

¡Pero yo soy el rey! ¡Yo soy el rey! ¡Atenas es mía!

Y su grito rabioso retumbó en la noche sobre la ciudad dormida, sobre el pueblo dormido y sobre el recuerdo desvelado de un rey bullanguero riendo a carcajadas en un mercado...

En lo alto de la roca se detuvo. A lo lejos veía las murallas grises recortadas contra el cielo...  
Atenas.

Teseo, rey de Atenas, el matador del Minotaurro, el vencedor de las Amazonas y de los Centauros, el rey que no amaba su corona pero sí a su gente, contemplaba su ciudad...

Y detrás de él, silenciosos en el viento, nosotros, sus amigos... Yo, Nippur, el viajero de los mil caminos apoyado en mi lanza y maldiciendo a mis pies que me duelen...

Ur-El, el gigante de Elam... Hattusil, el jorobado que hacía olvidar su joroba con el relampagueo de su espada...

Pylenor, el joven que ya no era tan joven y que refa menos... y Karien, la amazóna de cabellos rojos que convertía las flechas en pájaros de un vuelo fatal...

¿Qué harás, Teseo? Menesteo sigue en el poder según lo que nos dijo ese campesino.



Sí. Y se ha rodeado de centenares de soldados. Muchos son mercenarios.



Si entramos abiertamente en la ciudad, nos exterminarán...

Teseo, acuclillado, observaba la ciudad lejana acariciando su mentón. Estaba meditando... Por fin...



Entraremos en Atenas...

... pero de cierta manera...



Un terrible empujón arrojó al campesino sobre las losas del suelo...



El rey... El rey ha vuelto... Lo he visto...



La voz de Menesteo se volvió suave y casi amistosa...

No te comprendo, buen hombre. ¿Cómo puede estar de vuelta el rey si el rey nunca ha partido? El rey soy yo y aquí estoy.

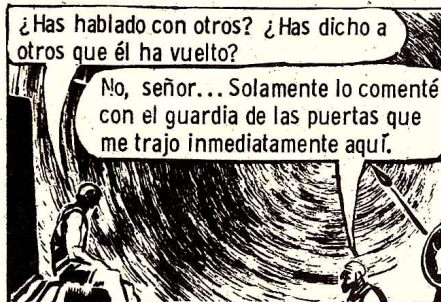


El rey... El rey Teseo... él...



¿Y dónde lo has visto?

Se detuvo en mi choza hace dos días. Me preguntó acerca de Atenas y de todo lo que ocurriera desde su partida...



¿Has hablado con otros? ¿Has dicho a otros que él ha vuelto?

No, señor... Solamente lo comenté con el guardia de las puertas que me trajo inmediatamente aquí.



Menesteo hizo un gesto con la mano...

Excelente.



¡Ahhhh!



Es mejor así. Esta noticia debe mantenerse en secreto.

Así es, señor. Enviaré inmediatamente patrullas que se ocuparán de encontrar a Teseo y los suyos...



Teseo ha vuelto, ¿eh? Pues bien, esta vez nos mediremos...



¡Ay de ti, Eréctida!



¿Qué es un rumor? Rumor es una serpiente de humo que se desliza por interiores y huecos, que penetra las fortalezas más seguras y que nadie puede detener...

Teseo está de vuelta...



Teseo está en alguna parte...



Teseo...



Los mercenarios de Menesteo se irritan. También los oficiales. No oyen nada pero presienten esa tormenta humana hinchándose, infestando el aire...

Vigilen bien las puertas de la ciudad. Todo sospechoso debe ser detenido inmediatamente.



Una campesina de cabellos grises penetra en la ciudad. Encorvada y apoyada en un bastón pasa desapercibida...



...pero en una callejuela sacude la ceniza de sus cabellos rojos y endereza su espada.

(La torre... Allí debo llegar...)



(Seguramente habrá dos soldados. Es lo que Teseo dijo...)



¡Alto! ¿Quién eres?



¡Ahhh!



¿Quién...?

Un feroz grito de guerra y la amazona se extiende como un águila en el aire...



¡Ahhh!



(Y ahora la sogá...)



Licarnos está inquieto. La atmósfera es extraña y huele a metal. El es un hombre que detesta los riesgos y que se ciega ante el brillo de las espadas...

(¿Dónde están? ¿Qué hacen? ¿Intentarán entrar en Atenas?)





Un tumulto llama su atención...

(¿Qué pasa allí?)



¡Sujétanlo!



¡Ahhh!



¡Captúrenlo vivo! ¡Es... es Nippur!



No es fácil sujetarme. Soy hombre de grandes puños y de grandes fuerzas...

¡Rock!



...pero hasta el león sucumbe cuando los perros son muchos...



¡Llévenlo ante Menesteo!



Menesteo estaba excitado al verme. Vi el temblor de sus manos...

Ah. El gran Nippur está aquí ¿eh? Y si es así, Teseo no debe estar muy lejos.



¿Dónde está Teseo, Nippur? Dímelo y tu cabeza continuará bamboleándose sobre tus hombros.

No seas tonto. Sabes que nunca te lo diré.



Mira sus piernas, señor. Sus polainas. ¿Qué ves?

Hmmm... Tierra roja... Tierra roja de los viñedos...

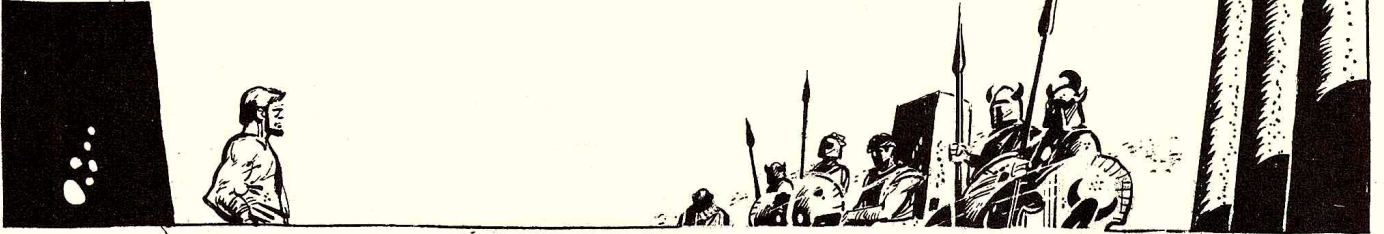


¡Rápido! ¡Envía la guarnición a los viñedos! ¡Que los cerquen y comiencen la búsqueda! ¡Ellos deben estar allí!



Durante largo rato oímos el golpear de las sandalias y el estruendo de las armas en las calles de la ciudad. Luego, todo fue silencio...

En su trono, Menesteo esperaba. Un silencio absoluto reinaba. Podíamos oír en alguna parte el rumor de una fuente...



Menesteo se acercó. Estaba pensativo...

¿Por qué volvió, Nippur? El sabía que yo lo esperaba con soldados... El sabía que la muerte lo esperaba aquí...

El volvió porque tiene la misma enfermedad que tú en la sangre, Menesteo. El también es esclavo de una fiebre...

El también está enfermo de amor por Atenas...

Pero nunca la tendrá... Te equivocas.

Menesteo, dime: ¿me crees tan simple como para venir aquí con tierra roja en mis pies? ¿Con una tierra cuyo origen adivinaría hasta un ciego?

¿Por qué lo harías? Dime, ¿dónde están tus soldados?

De pronto palideció. Acababa de comprender en qué trampa había caído... Entonces... ¿dónde está Teseo?

Detrás tuyo...

Ah.

Se midieron un instante, frente a frente, duros, impertérritos. Dos hombres de estatura y de valía que habían soñado un mismo sueño...



Casi al mismo tiempo desvainaron...



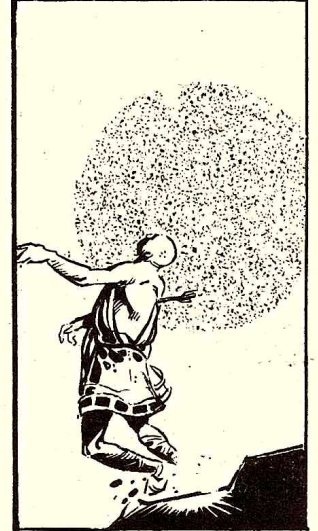
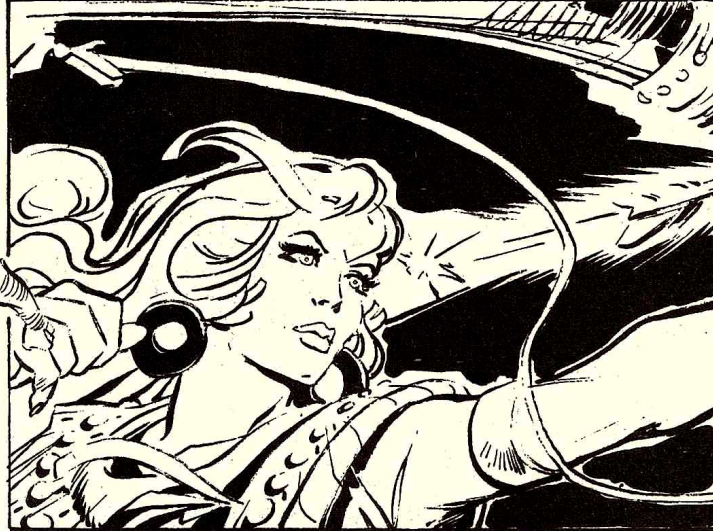
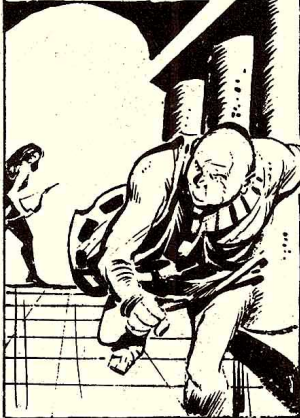
Se atacaron con el odio que sólo se halla en aquellos que desean exterminar algo más que una vida...



Se atacaron con el odio de aquellos que tratan de matar un sueño, un sueño que se opone al propio. Matar a un dios tutelar que está en el camino del nuestro... Matar a aquel que se cruza entre nosotros y la mujer amada, o la riqueza soñada, o la ciudad única...



Licarnos quiso huir. El tenía un amo mucho más simple. El había vivido por el oro...



... pero murió por el bronce.

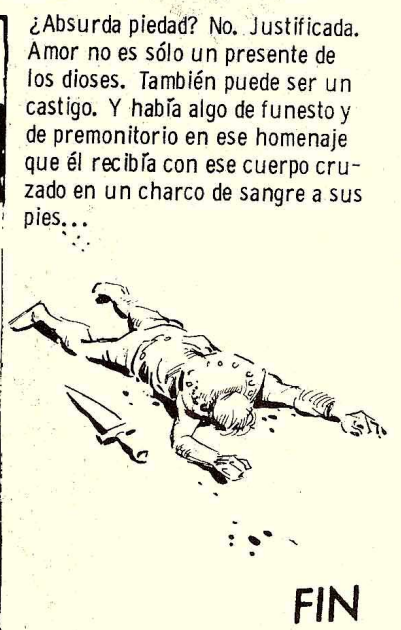
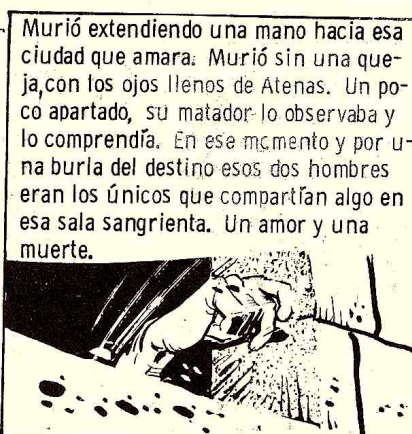


Los dos luchadores se detuvieron. Estaban de pie en un círculo de gotas de sangre y transpiraban profusamente. Ambos empuñaban sus espadas pero la pelea había terminado... Todos lo sabíamos...



Menesteo también lo sabía...



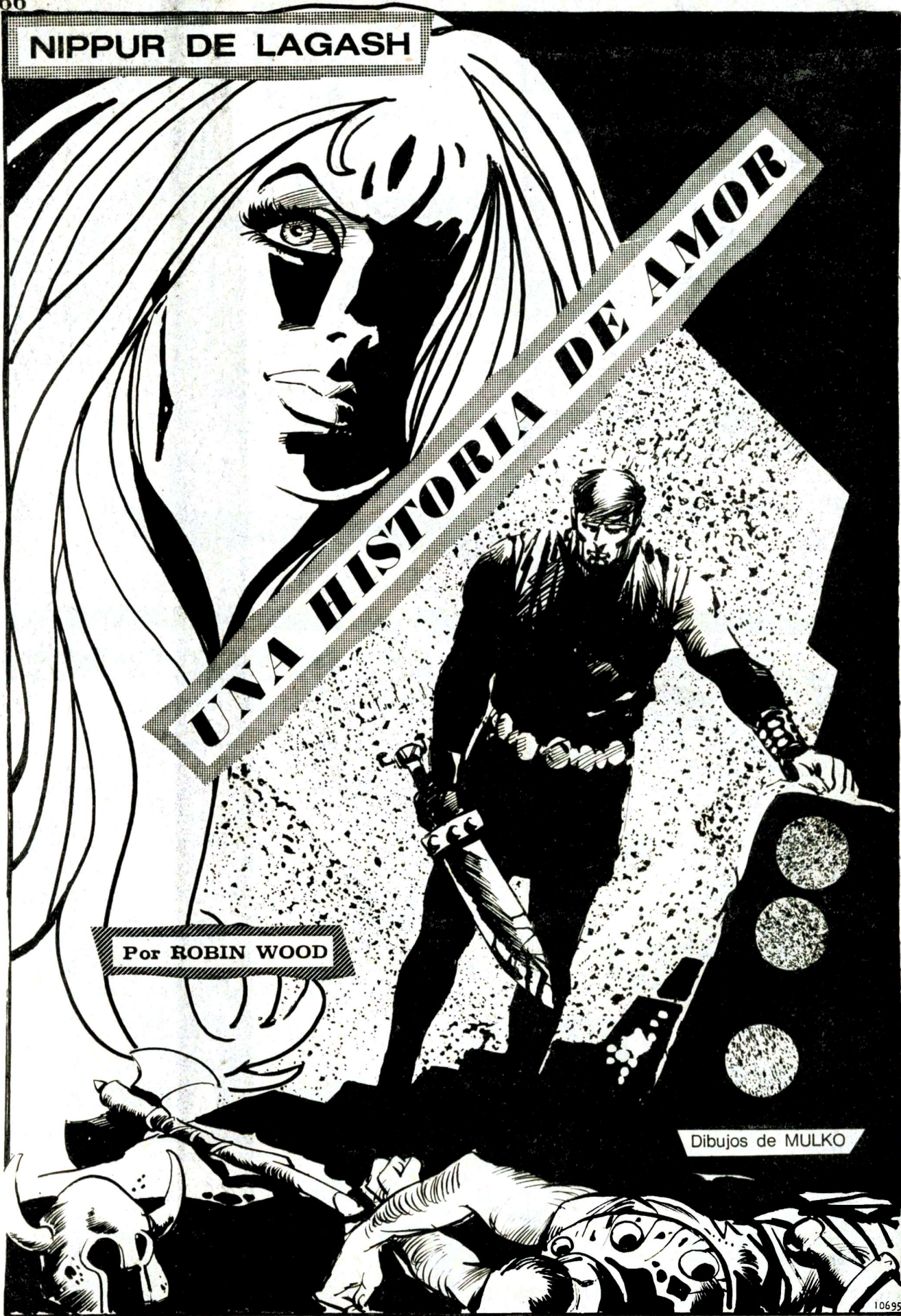


**NIPPUR DE LAGASH**

**UNA HISTORIA DE AMOR**

Por **ROBIN WOOD**

Dibujos de **MULKO**





La playa se extendía infinita ante nosotros. La arena estaba amarilla y caliente bajo el sol, y un mar perezoso y limpio se desmayaba a nuestros pies. Chillidos de gaviotas cruzaban el aire como flechas.

Pylenor se desperezó haciendo crujir sus músculos. Pylenor es joven y sigue disfrutando de la maravilla de descubrir su cuerpo.



Yo también estaba satisfecho. Durante una semana habíamos cazado y pescado a lo largo de las orillas del mar y estábamos quemados por el sol, con el cabello y la barba crecidos y las ropas en pedazos pero el ánimo alegre.



¡Vamos a nadar, Nippur! ¡Veamos quién es el más veloz!

El agua está fría y transparente y podemos ver el mundo de los corales mecidiéndose en las profundidades.



Pylenor se desliza en las aguas como una saeta pero mis brazadas son más largas que las suyas y mi ritmo es parejo. Lo aventajo.



Pero...

Oigo su risa antes que las aguas se cierren sobre mí.



¡Heleno tramposo!



¡Bebe un poco de tu mar!

¡Nooo...!



Reímos y luchamos, y amistosamente nos descargamos golpes que destrozaban los huesos de cualquier otro.



Finalmente...

Volvamos a la playa. Tengo hambre.



Pero... hay alguien junto a nuestras armas.



Era un niño, un hermoso niño moreno quemado por el sol, con límpidos ojos azules y un aire curioso y sereno.



Hola, ¿quién eres tú?

Mi nombre es Paniamidas y vivo no lejos de aquí con mi madre.



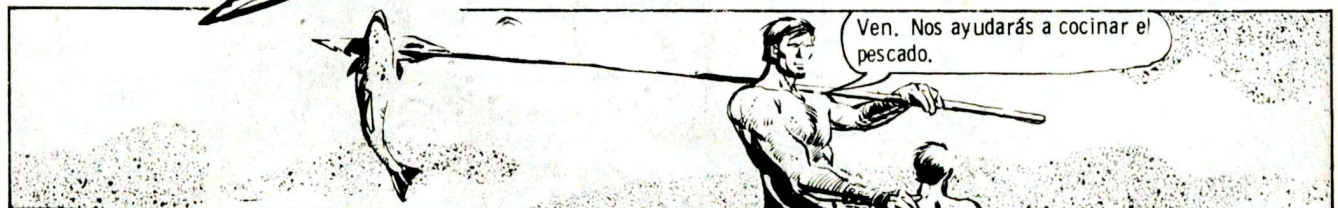
¿Quieres comer con nosotros, Paniamidas? Creíamos que nadie vivía por aquí.

Nadie vive. Sólo mi madre y yo.



¿Y tu padre?

Está en el mar.



Ven. Nos ayudarás a cocinar el pescado.



Era un niño agradable y callado. Nos ayudó a limpiar los peces y admiró nuestras armas y por supuesto, le contamos algunas patrañas heroicas.

Y entonces...



¡Paniamidas!

No me impresionó mayormente. Era delgada, cubierta de pecas y con una larga cabellera rubia. No era helena pues los cabellos rubios son raros en el Atica.



Pero...

Los dioses sean contigo, señora. Tu hijo ha sido nuestro invitado. Espero que ello no te moleste.



Nos estudió con desconfianza por un instante y vi su mano delgada crisparse sobre el cuchillo que llevaba en la cintura.



¿Sois... sois hombres del mar?

No, señora. Somos amigos del rey de Atenas y estamos de cacería.



Ah.

Esto pareció tranquilizarla un poco y sonrió.

Somos pobres pero tenemos vino y dulces para ofrecer a aquellos que pasan. Venid.

Los dioses te lo agradezcan, señora.



Hmmm.



Eh, idiota. Cierra esa gran boca que tienes.

¿Eh?



He oído que vuestro marido está en el mar.



Este...

No. Mi marido murió hace mucho.



Comprendo.

(Hmmm. Pylenor es el soltero más codiciado de la corte, y muchas jóvenes nobles y ricas lo persiguen, y el pobre diablo tiene que ir a la guerra o a la caza para descansar un poco.)



(Y míralo allí, comiéndose con los ojos a esa rubia flaca y pecosa que enrojece como un tomate cada vez que lo mira.)



Este... Paniamidas, ¿no quieres venir a lanzar flechas conmigo?



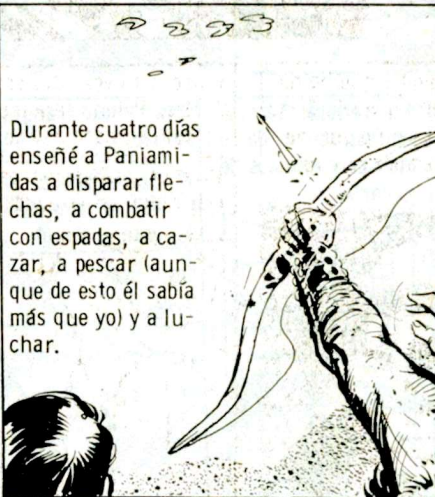
Claro que sí. Mi madre está muy rara; todo lo que toma se le cae de las manos.

Y tu amigo, señor, ¿está enfermo? No hace más que tartamudear y rascarse la cabeza, las manos o los muslos.

Oh, tú sabes... De tanto en tanto se pone tonto. Especialmente en primavera.



Durante cuatro días enseñé a Paniamidas a disparar flechas, a combatir con espadas, a cazar, a pescar (aunque de esto él sabía más que yo) y a luchar.



Lo que Pylenor hacía mientras tanto es otra cosa.

Hola, Pylenor. ¿Qué haces?

Este... Hmmm... Nada. Paseaba.



Hmmm. ¿Y eso? ¿Son flores?

¿Flores? ¿Qué flores? Ah, sí. Qué distraído soy. Sí. Son flores.



Dime, ¿los guerreros se dedican siempre a juntar flores?

Solamente cuando están enfermos de esta enfermedad primaveral que mencioné antes.



Cinco noches después desperté y vi una silueta acucillada junto al fuego.



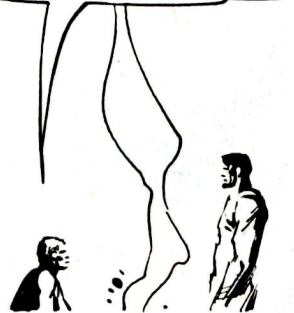
¿Pylenor?



Nippur... Me gustaría hablar un poco contigo.



Nippur... Estoy confuso. Muy confuso. Tú sabes cuán poco dado al romance soy... y sin embargo... No sé...



Nippur, ¿es esto el amor? Este confuso sentimiento de dulzura, de amargura, de tristeza. Este temor a los días sin ella... sin su voz... sin sus gestos... Este deseo de llorar, de humillarla, de torturarla, de protegerla, de cubrirla de besos.



Este deseo de destruirla y al mismo tiempo de arrojarme a sus pies, ¿es esto el amor?



La hoguera crepitaba y pequeñas chispas incandescentes se elevaban hacia el cielo como insectos de fuego. Sonreí muy lentamente y miré al fuego y en él vi mis recuerdos.

Sí, Pylenor. Eso es el amor.



Eso es terrible.



¿Por qué?

¿Cómo podría yo olvidar que ha habido otro hombre en su vida? ¿Cómo olvidarlo con ese niño que me lo recordaría siempre con su presencia?



Sonreí otra vez. Dos cosas eran ciertas. Pylenor era muy joven y Pylenor estaba enamorado.

Pylenor, ¿sabés cuál es la cosa más difícil en esta vida?



No.

Aceptar que los sueños y la realidad son diferentes. Aceptar que debemos ser hombres y hombres de coraje. Y el coraje que necesitamos no es el coraje del campo de batalla sino el coraje del hombre que sabe doblegar su egoísmo.



¿De qué la puedes culpar, Pylenor? ¿De no haber esperado por ti? ¿De no haber adivinado que te conocería? ¿La culparás por ese niño hermoso que tiene y por su marido muerto en el mar? Oh, Pylenor, no seas tonto.



Un día ese niño te llamaría "padre", y un día tú sentirías que él es parte tuya, porque un niño puede nacer dos veces. Una, del vientre de su madre... y otra, del amor de un padre...

Yo juraría que ella en este momento llora pensando en todo esto. Tú puedes venir a pedirme que te oiga y te consuele pero, ¿y ella? Ella debe llorar en silencio para no despertar a su niño.

Pylenor, vete a decirle que la amas o te pegaré tal puntapié que nunca más podrás volver a montar a caballo.

Volvió la cabeza hacia la choza disuelta en la oscuridad y vaciló largo rato. De pronto me miró y sonrió vergonzosamente.

Nippur... ¿qué haría yo sin ti?

No lo sé pero yo sin ti podría dejar de jugar a la niñera y podría dormir tranquilo. ¡Lárgate!

Pero a la mañana siguiente Pylenor tenía una expresión hosca y rencorosa.

¿Qué ocurre?

Ella dijo que no.

¿Que no qué?

Que no me ama. Que no puede ser mi mujer. Que no quiere venir a Atenas.

¡Al diablo con ella! ¡Que se quede en su maldita playa y que coma su maldito pescado hasta que la piel se le cubra de escamas!

Hmmm.

Señora...

Evité mirarme. Tenía los ojos enrojecidos y el llanto clavado en la garganta. De pronto sentí una gran ternura por esa casi niña.

¿Por qué, muchacha?

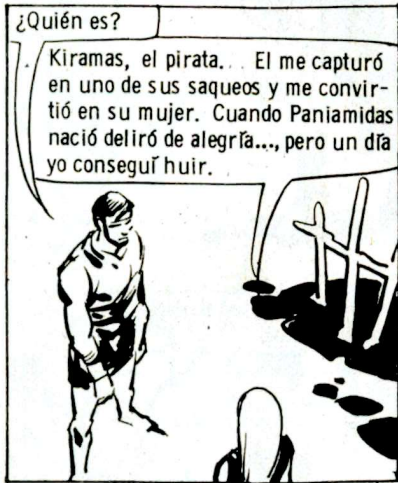


Oh, Nippur..., no puedo decirse lo a él. No puedo.

Dímelo a mí entonces...



Su padre... él no ha muerto. El está vivo.



¿Quién es?

Kiramas, el pirata... El me capturó en uno de sus saqueos y me convirtió en su mujer. Cuando Paniamidas nació deliró de alegría..., pero un día yo conseguí huir.



Huí de ese hombre sanguinario y vil y me enterré aquí. Sé que él me buscará porque su orgullo y su rabia le quemarán la sangre. Querrá mi vida y querrá su hijo.



Por ello, Nippur.



Quedamos un instante en silencio. Por fin...

Ven a Atenas, señora. Acepta ser huésped del rey Teseo por un tiempo.

¡Oh, no! ¡No en Atenas! ¡Kiramas lo sabría de inmediato!



Señora, ¿confías en mí?

Sí..., pero...



Ven a Atenas entonces.



Está bien. Haré lo que dices.

Perfecto. Vete ahora y busca a ese idiota que debe estar pateando todas las piedras de la playa. No hagas caso de lo que te diga. Te reprochará todo lo que le venga por la cabeza, desde los amores que nunca tuviste hasta las guerras cretenses. No le hagas caso. Está enamorado.



Kiramas era un hombre bestial. Era rico y era valiente con la valentía ciega del bruto.

... y aquí tienes las cuentas del último botín.

Hmmm...



¡Señor! ¡Tengo noticias para ti!

Estoy ocupado, ¿de qué se trata?



Señor... un mensaje de Atenas. Una joven rubia y un niño han sido invitados a palacio por el rey Teseo.

¿Y con eso?



- Un momento; ¿acaso... ?

El nombre del niño es Paniamidas.

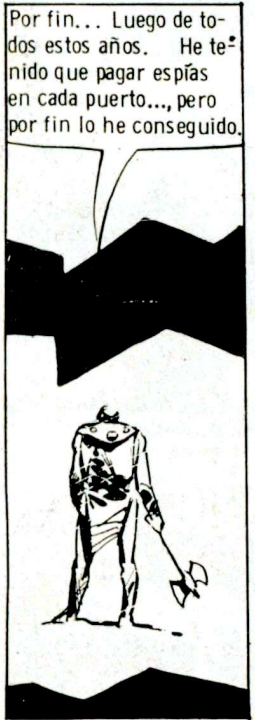


¡Al fin! ¡Al fin son míos! ¡Al fin! ¡He esperado años por esto!



No olvides que son huéspedes reales, señor.

No olvido nada pero yo también soy rey y tengo un cetro de dos filos. ¡Rápido! ¡Que preparen una nave!



Por fin... Luego de todos estos años. He tenido que pagar espías en cada puerto..., pero por fin lo he conseguido.



Y esta vez, cuando ponga mis manos en ella...



Atenas duerme en la noche, como un gran pájaro blanco recogido sobre las rocas. Solamente las antorchas del puerto se atreven a ultrajar la perfecta oscuridad.





Esta es la casa que ocupan.

Bien.



Yo entraré con cuatro de vosotros. Los demás quedan aquí.



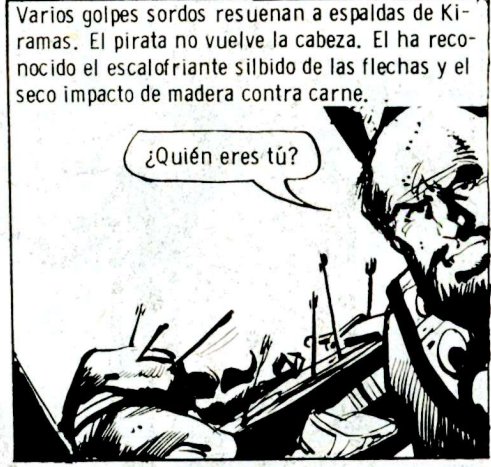
La noche está silenciosa y los pies no hacen ruido sobre la hierba. La casa está olanca bajo la luna.



Las puertas se abren sin un solo chirrido.



Bienvenido, Kiramas. Te he estado esperando.



Varios golpes sordos resuenan a espaldas de Kiramas. El pirata no vuelve la cabeza. El ha reconocido el escalofriante silbido de las flechas y el seco impacto de madera contra carne.

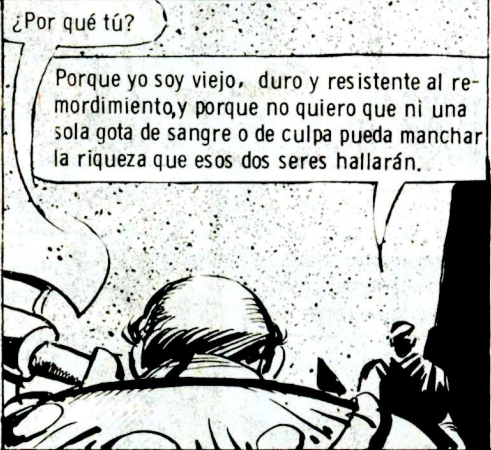
¿Quién eres tú?



Mi nombre es Nippur, Kiramas, y estoy aquí porque soy un soñador. Un pobre que desea para otros las riquezas que él no tuvo.



Hay dos seres que desean ser felices..., pero hay una barrera de por medio, Kiramas. Tú eres esa barrera. Y yo voy a destruirla.



¿Por qué tú?

Porque yo soy viejo, duro y resistente al remordimiento, y porque no quiero que ni una sola gota de sangre o de culpa pueda manchar la riqueza que esos dos seres hallarán.



Me atacó-velozmente. Casi me sorprendió. Casi...

Su hacha se movió en círculos de luz buscándome.



¡SSKKA!



Luchábamos en un silencio terrible. Guerreros expertos que saben que se debe economizar el aliento.



Cayó de espaldas y no se movió más. Pero no había muerto aún. Me acerqué a él.



Peleas muy bien. No creí que lo conseguirías.



El... ¿él será bueno...?

Murió en ese instante. Murió con esas palabras en sus oídos. Pensé en todos los crímenes perpetrados por su mano, sus oídos, su salvajismo, todo... y sin embargo había muerto con una imagen de niño en sus pupilas.



Ah sí, amigo que me oyes. El hombre es una cosa muy extraña.



Muchacha...

Si, Nippur.

Ahora puedes aceptar a Pylenor, señora. La pesadilla ha terminado.

De pronto sus ojos se abrieron enormemente. Había comprendido.

Escuchamos la risa del niño. Jugaba con Pylenor entre los árboles. Debo decírselo.

Deja el ayer. Ya no existe. Piensa solamente en la felicidad. Acostúmbrate a ella.



No entiendo.



¿Tú?

Si.



No, señora. Tu marido murió en el mar. Era un buen marido y un buen padre. Tú nunca conociste a ese pirata asesino que murió aquí al intentar asaltar una casa.



Oh, Nippur. Yo...



Vete con él. Me aburres...



(Hmmm. Y ahora tal vez pueda...)



¿Qué haces aquí?



Pylenor y mi madre se están besando. Dime: esta enfermedad primaveral de la que me hablaste, ¿dura mucho?



Solamente si eres afortunado, hijo. Ven. Creo que no tendré más remedio que seguir contigo. ¿Qué te gustaría hacer? ¿Cazar tal vez?

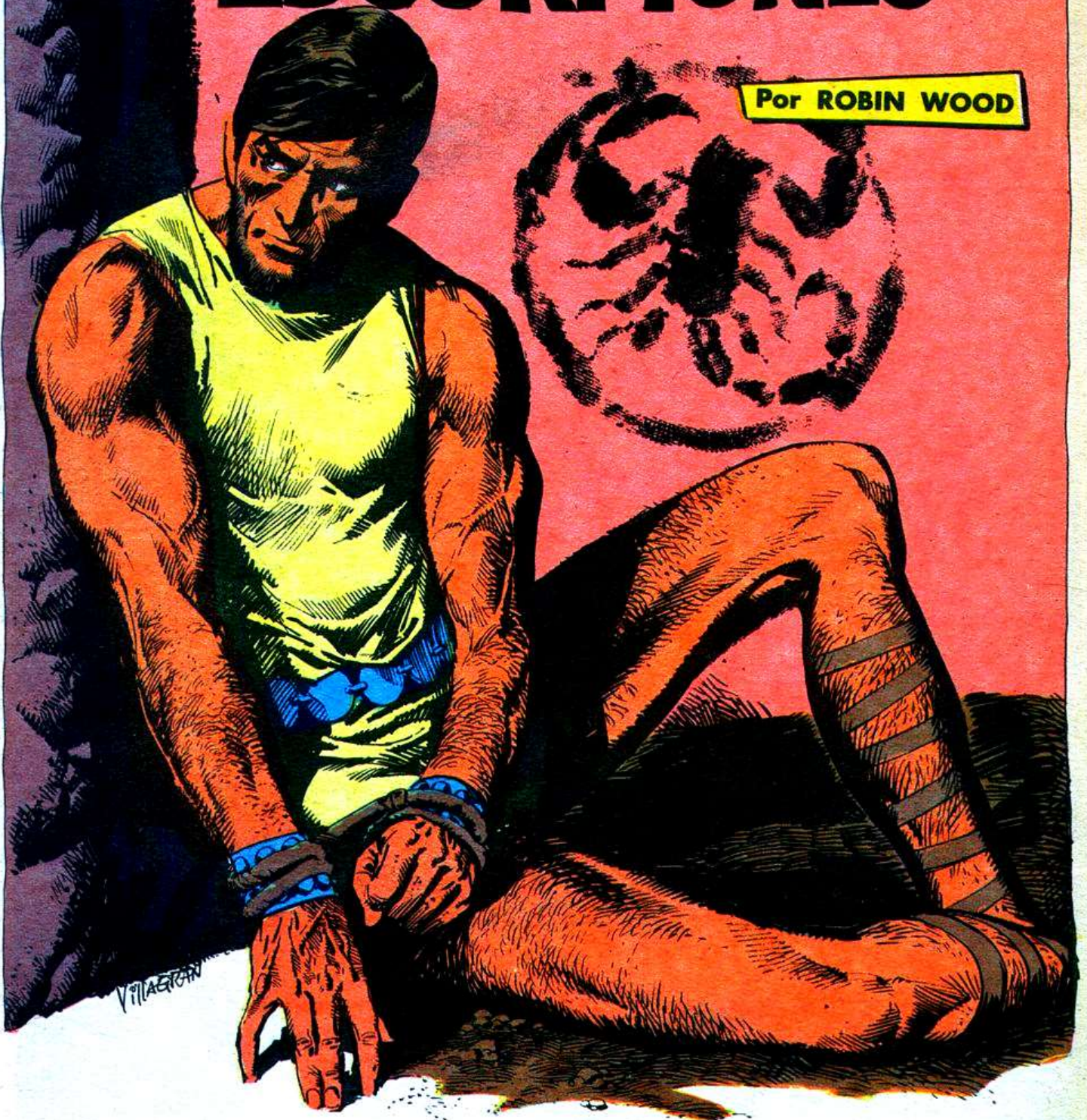
¡Oh, si!

FIN

NIPPUR DE LAGASH

# EL DÍA DE LOS ESCORPIONES

Por ROBIN WOOD



¿Dónde está Teseo? Las leyendas corrían desde hace mucho por las tierras conocidas. Hacía ya mucho que nuestro amigo, rey de Atenas, desapareciera misteriosamente y hacía ya mucho que lo buscáramos nosotros, sus amigos...

...y Pylenor, que (lo sabíamos, claro) había sido enviado por sus enemigos para asesinarlo en caso de que fuera hallado. Pylenor no era un asesino. No. Mucho peor. Era un patriota.

El viento huracanado nos azotaba sin cesar en nuestra marcha y ni teníamos deseo de hablar. El paisaje era desolado, áspero, duro, mineral. Un mundo gris y negro, escarpado, hostil.

Y allá arriba íbamos hacia lo alto, hacia ese cielo gris y tormentoso, hacia (tal vez) el fin de este inacabable viaje en busca de nuestro amigo desaparecido.

Y de pronto...

Mira ese valle. ¡Qué belleza!

En efecto. . . Alguien vive allí. Veo una cabaña... y humo. Dichoso él...

Sí. Era como un regalo de los dioses. Un valle verde de hierba y rojo de flores, con un pequeño riacho y un revoloteo de pájaros... y una sola choza... y un hombre de pie en el sembrado.



El valle seguía verde de hierba y rojo de flores, con su riacho y su paz. Descendimos a él.



¿Adónde vamos, Nippur?



Pero yo no hablaba. Me detuve ante la pequeña choza.



Allí está el labrador.



No nos había oído. De espaldas a nosotros removía la tierra de su huerta con atención y cariño. Oí que canturreaba algo.



¡Teseo!



Su cuerpo se volvió rígido y sus manos se inmovilizaron.



Teseo...



Nippur. ¿Qué haces aquí?



Hemos venido a buscarte. Te hemos buscado por todas partes.



¿Para qué? ¿Qué queréis de mí?

Creíamos que algo te había ocurrido.

¿Ocurrido? Sí. Algo ocurrió.



"Mi barco naufragó y continué mi expedición a pie. Perdí hombres y por fin quedé solo. Y llegué hasta este valle. Para sobrevivir tuve que alimentarme de peces y caza. No sé cómo ocurrió. El tiempo pasó... Levanté una choza."



"Y un día planté un grano y lo vi germinar. Yo, que sólo he hecho germinar tragedias y guerra, de pronto me sentí en paz. Regalé mis armas a un idiota y decidí olvidar todo."



¿Y Atenas? ¿Y tu corona?

Mi corona es un trasto pesado y Atenas es una mujer egoísta. He hecho mucho por Atenas. He matado, quemado, saqueado y he sembrado de horrores las ciudades. ¿Volver? ¿Para qué? No tengo a nadie. Mi hijo Hipólito ha muerto. Mi mujer también. Todos.



Aquí... aquí yo he hallado la paz. No más intrigas, no más crímenes. Solamente paz.



Entonces, de pronto, cuando no lo esperábamos, Pylenor cayó de rodillas.

Perdón... Perdón, señor.



Señor... Yo no vine en tu búsqueda con el corazón limpio. Yo te busqué con puñal y veneno oculto en mi manto.



Teseo lo contempló un instante, sopesando sus palabras. Por fin...

Comprendo. Mis enemigos te enviaron para asegurarse de que yo nunca volvería, ¿verdad?



Sí.

Sí, pero te busqué por mares y montañas, y cada día, por todas partes, oí el relato de tus aventuras, de tu pasión por Atenas, de tus amarguras y de tus alegrías..., y ahora he visto tu dolor y tu soledad de rey..., Señor..., déjame servirte.



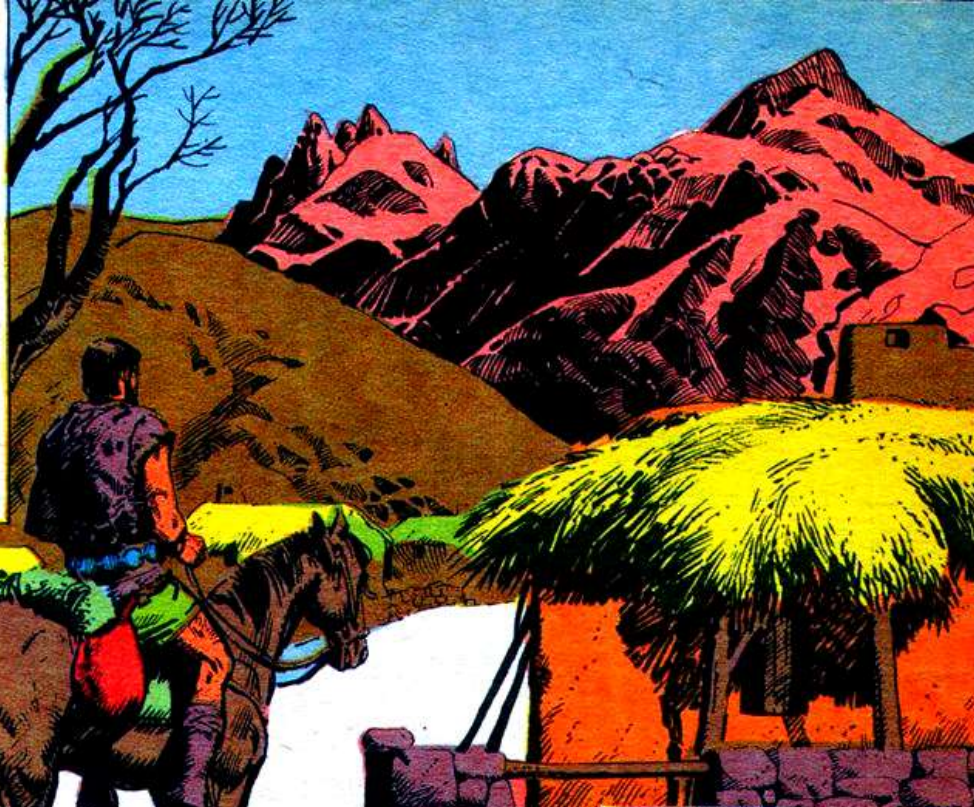
Veñ, Pylenor. Hoy he perdido el paraíso, mi soledad. Sígueme. Necesitaré de un corazón fuerte que me respalde.



No volvió a mirar su valle ni la choza. Simplemente se puso en marcha apoyado en el hombro de Pylenor.

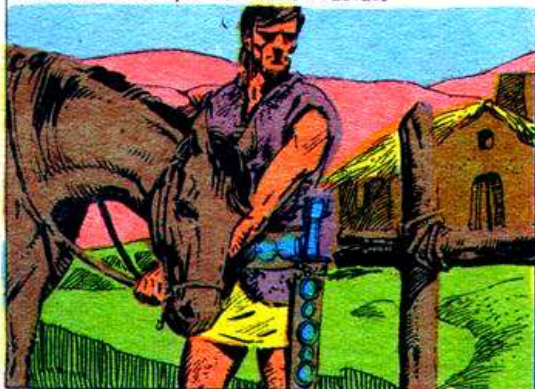


Habíamos hallado a Teseo. Sí, Cumplimos. Entonces, tan silenciosamente como nos habíamos reunido, tomó cada uno de nosotros un rumbo distinto. Tal vez, algún día, el destino volvería a cruzar nuestros caminos.



Llevaba yo ya una semana de duro viaje cuando lo divisé. El pueblo me pareció demasiado silencioso, como si sus habitantes, encerrados en sus casas, no desearan moverse para no llamar la atención; como si trataran de hacerse olvidar, tapiados entre sus paredes de barro y piedras.

Detuve mi caballo. El aire estaba frío y quieto. Las montañas estaban no lejos y rachas de un viento ligero con regusto a nieve soplaba de tanto en tanto por las calles vacías.



Y de pronto oí el alarido. Un alarido espeluznante que hizo encabritar mi caballo.



Hombres doblados de risa lo siguieron. Las carcajadas sonaban como golpes de tambor.



Eran hombres fuertes, nervudos, con pesados brazos de luchador y espadas cruzadas en ángulos expertos. Refan, mostrando los dientes como fieras.



Y el más fuerte de ellos, el más duro era Varamin, (yo aún no sabía su nombre) y su risa parecía hacer temblar la calle.

¡Corre, corre! ¡El veneno correrá más rápido que tú!



¡Piedad, señor! ¡Un cuchillo!



Un cuchillo...



Un...

Sus ojos se blanquearon y lentamente se deslizó hacia el suelo arañando mi pierna. Oí algo como una gárgara angustiosa...



... luego, silencio. Un golpe de viento más frío que los otros revolvió los cabellos del muerto y los blanqueó de polvo.



Varamin se acercó. Caminaba a grandes zancadas con el pecho ancho y su cuello de toro enfrentando al mundo. Me sonrió.

¿Llamas diversión a la muerte de un pobre diablo?

Bah. Era un cobarde. No supo enfrentar su muerte con valor.



Bienvenido, forastero. Es lamentable que llegaras tarde. Has perdido la mejor parte de la diversión.



Es fácil criticar la falta de valor de otros cuando son ellos los que pasan la puerta del País de las Tinieblas.

Me sonrió sin sentirse ofendido. Era un gallardo gigante con una brutal belleza que debía cautivar a las mujeres.



Yo he pasado muchas veces ante ese umbral siniestro, amigo, y me he ganado el derecho de juzgar a otros.

Small vertical text on the left margin.



Nadie gana ese derecho, amigo. Nadie.



Su sonrisa se eclipsó. No estaba acostumbrado a ser juzgado o criticado.

¿Quién eres tú? No me gusta tu manera de hablar.

Yo soy quien soy.



Un hombre se acercó a él, mirándome con malicia.

¿Quieres que me divierta con él, Varamin?

¿Por qué tú?



Tú tienes la muchacha. Dame el hombre a mí.



Se miraron un momento y por fin Varamin lanzó una carcajada.

Es tuyo, pero hazlo durar.



Bájate, forastero. Baja y lucharemos. Me llaman "la muerte" porque la llevo en las manos, pero tal vez tú puedas vencerme.



Era muy fuerte y tal vez muy sabio en la lucha pero había olvidado que no todo el mundo acepta someterse a las reglas de otro.

¿Bajarme?



¡No!



Lo aferré del cabello con tal fuerza que casi lo elevé en el aire. Mi caballo se lanzó al galope tendido.

¡Nooo!



¡Ayuda!





¡Varamin!



Era un joven de aire gentil, delgado y frágil, con la piel pálida de los que viven en las ciudades. Tenía ojos claros y tranquilos.

Te busco, Varamin.



Varamin abrió los ojos en un gesto de sardónica sorpresa.

¿A mí? ¿Por qué?  
¿Que he hecho?



¿Dónde está mi prometida?



El resto de la banda sonreía observando la escena y pegándose codazos.

¿Tu prometida? Pues... en su casa, sudongo. Aprendiendo la sutil ciencia de la costura y la cocina para complacer a su noble futuro marido.



Varamin, sé que tú la has raptado. He venido sólo porque no quiero arriesgar su vida. ¿Cuál es tu precio? ¿Qué quieres a cambio de ella?



Hmm. Déjame pensar.



Te haré una propuesta, amigo. Aquí tenemos un juego, un pasatiempo al que nos dedicamos siempre. Tú lo jugarás conmigo. Si ganas te llevas a la muchacha. Si no, no, claro.



He oído hablar de tu juego.

¿Tienes miedo?



No. Adelante.



Se sentaron cara a cara, junto a una gran roca plana.

¿Listo?

SI.



Y entonces al costado de cada brazo un hombre colocó una gruesa piedra y a cada piedra estaba atado un escorpión.



(Estúpido, ¿por qué aceptaste? Claro... Eres joven y creías que era tu deber. Creíste tener un deber que cumplir aunque te costara la vida. Y te costará.)



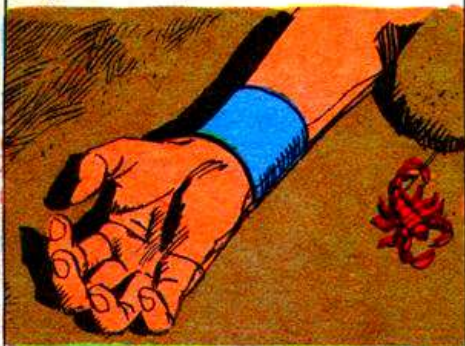
Varamin reía a carcajadas y toda la banda a su alrededor. Ya no había lucha, apenas un juego. Un juego atroz e imbécil. El brazo del joven rozaba el escorpión.



La mandíbula del joven temblaba convulsivamente y su rostro estaba bañado en sudor y en lágrimas de impotencia. Un hilo de sangre le corría de los labios, allí donde había mordido en su desesperación. Meneó la cabeza.



Todos quedaron en silencio. Varamin se había puesto de pie y observaba con ojos atentos, casi hambrientos al joven. Este seguía en su lugar y su brazo yacía inerte junto al enloquecido escorpión.



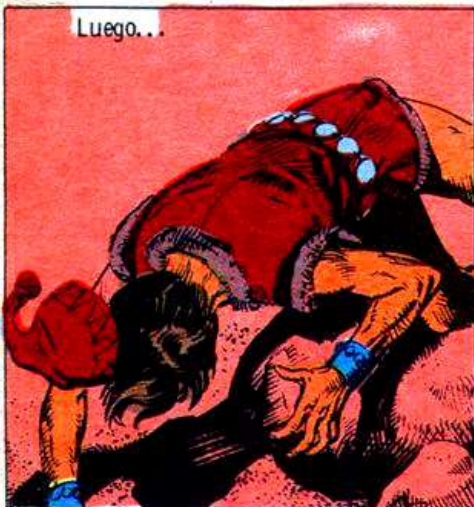
¿Y ahora? ¿No tienes miedo?



El joven abrió los labios para decir algo pero no pudo. Quiso escupir pero le faltaron fuerzas. De todas maneras no hizo falta que hablara. El odio y el desprecio quemaban en sus ojos. No había miedo en ellos.



Luego...



Esto no ha sido muy divertido. Arrójalo por allí.

¿Y el otro prisionero?



Mañana nos ocuparemos de él. Mató a "la muerte", así que lo ataremos a su cadáver y los pondremos a ambos al sol. Y esperaremos.



Con un coro de carcajadas, los hombres desaparecieron dentro de la casa. De inmediato oí el ruido de vasijas y el gorgorrear del vino.

(Perros...)



( Y tú, pobre diablo, ¿de qué te sirvió tu valentía? Debiste haberte emboscado, cazarlos uno por uno a flechazos o a puñaladas. Fuiste valiente, pero te faltó astucia, inteligencia para vencerlos. Quisiste luchar a puro corazón y perdiste... )



(¿Y yo ahora? No puedo esperar a que llegue el nuevo día y me condenen al horror. Debo hacer algo.)



(Pero... ¿qué?)



Y de pronto sentí las manos frías sobre mis muñecas.

¿Quién eres tú?

Calla.



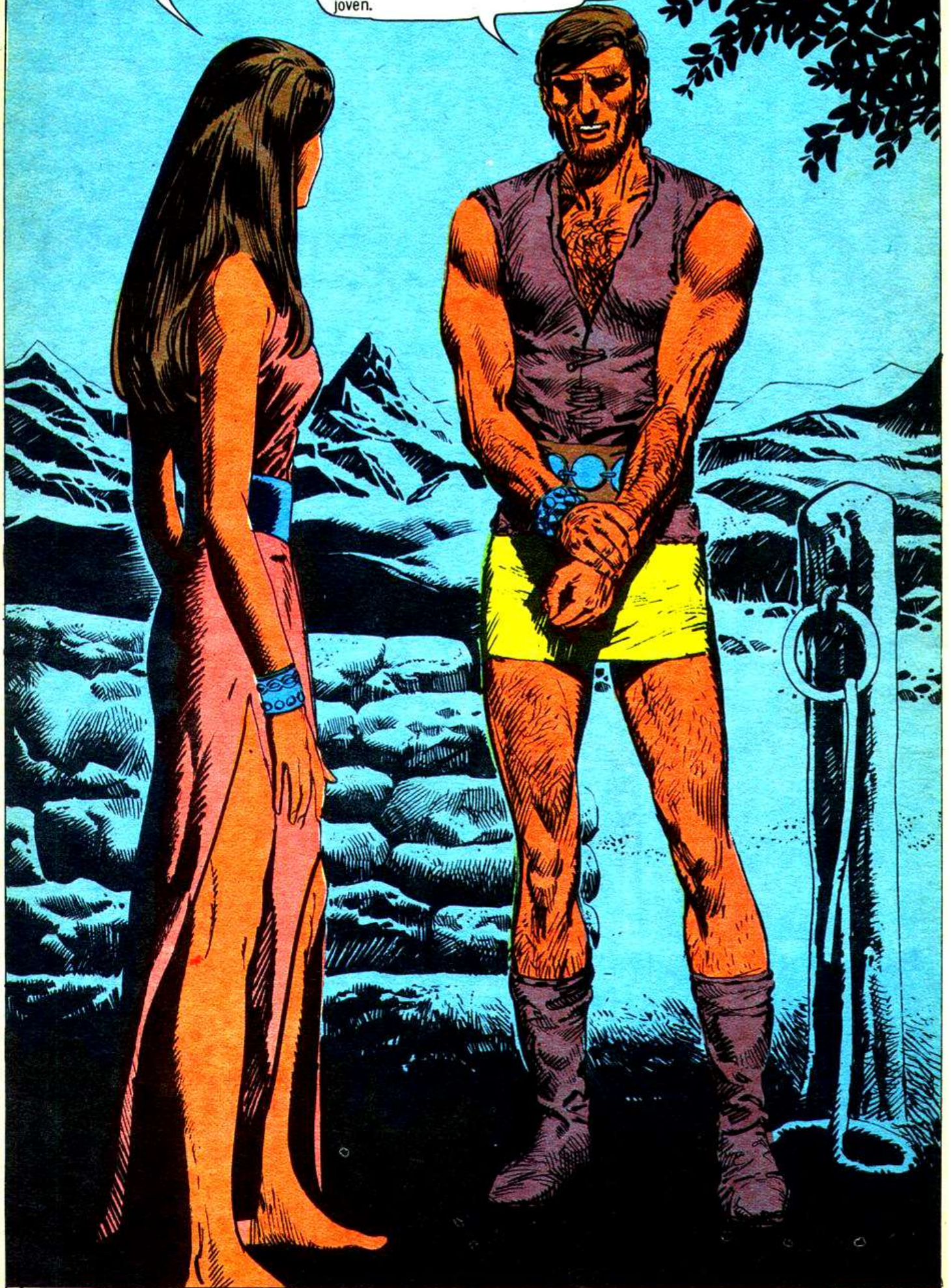
Espera... ¿No eres la prometida de ese joven que yace allí?

Esa soy yo, señor. Soy la prisionera de esos perros y hago esto para que me ayudes a huir. Vi morir a Nanamir y quiero volver con hombres de armas que laven este crimen.



Ayúdame a huir.

No, muchacha. La fuga sería difícil. Ellos conocen bien la región. No. Y además yo no deseo huir. Yo también vi morir a ese joven.



No. Haremos otra cosa.



Algo despertó a Varamin. Un sexto sentido. Algo. De pronto se encontró tendido en su lecho con los ojos abiertos y preguntándose qué era lo que lo había perturbado.



(Es tarde. Todo está en silencio.)



¡Eh, amigos! ¿Dónde estáis?



Sólo el silencio le respondió. En alguna parte oyó el monótono gotear de algo.



Y entonces vio el primero de los cuerpos.



(Degollado... pero, ¿quién...?)



(Y allí está Irmas... y Ufuramin... y el tuerto... Alguien los sorprendió durante la noche uno tras otro. Pero..., ¿quién?)



Yo fui, Varamin.



Sí. Yo. Yo me deslicé del uno al otro durante su sueño y los envié al país sin regreso. Soy silencioso como una víbora cuando la situación lo requiere. Ninguno de ellos me oyó.





Pero tú sí, Varamin. Tú sí deberás oírme. Siéntate.



¿Qué...?



Tu mano, Varamin. Y no intentes una tontería. Yo también tengo el brazo fuerte.



Tengo... Tengo oro en el patio... enterrado...



¿Listo?



De pronto inició el movimiento. Lo hizo con todas sus fuerzas apoyando el hombro en el descenso. Vi sus dientes brillando.



Detuve su brazo cuando ya la cola del escorpión rozaba el mío.



Luego lentamente comencé a alzar mi brazo. Sentía mis músculos hincharse como si fueran a disolverse en una terrible explosión.



Ambos temblábamos como afebrados, sacudiéndonos hasta los talones y la transpiración corría por nuestros cuerpos. Mi hombro parecía dislocarse bajo la presión.



El escorpión se encolerizaba y sacudía su aguja ponzoñosa.



Su cliqueteo de cáscara sobre la piedra era claro al oído.



El oro... ¡Te lo daré!



Eso fue todo, hombre que me escuchas. Aquel día yo fui juez severo y sin piedad. La piedad es como la lluvia. Buena en el debido tiempo. Una catástrofe, en el malo. Aquel día yo lloví con una lluvia dura y necesaria.



**Fin**